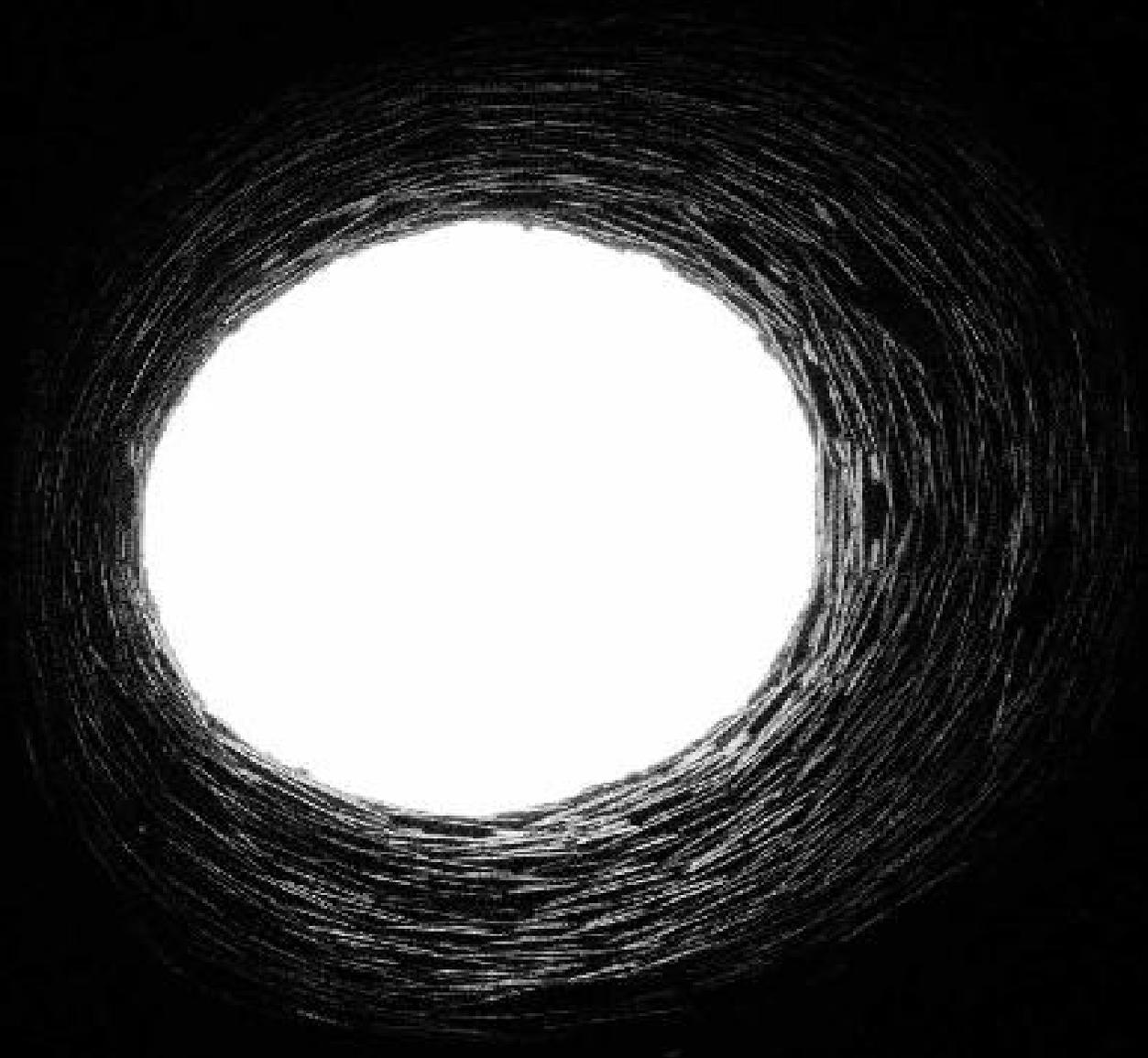


EL POZO



SANDRA KYUUMEI

Sandra.kyuumei@hotmail.com

Puedes apoyarme en Patreon →

<https://www.patreon.com/sandrakyuumei>

© Sandra Kyuumei, 2019

París, Francia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo, ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, fotoquímico, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la autora.

Este es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, compañía, eventos o lugares es meramente coincidencia.

Sandra Kyuumei

EL POZO

Para Neil,

Eres mi pensionado favorito y no te cambiaría por ningún otro.

Espero que disfrutes de tu nueva vida

después de sobrevivir a tu espalda y a tu sofá.

Mucho sufrimiento = muchas recompensas, según tú.

PRIMERA PARTE

1

Me senté frente a la máquina de escribir. Era una máquina vieja que había adquirido en una tienda de antigüedades. Cuando la vi en el estante, atrapando polvo, pensé que era justo lo que necesitaba para dar rienda suelta a mi creatividad, que aparecía más o menos de manera esporádica. Cuando sentía esas ganas locas de escribir, siempre era cuando me encontraba a la mitad de algo. O estaba duchándome o tomando un café o simplemente caminando por la calle y ¡bam! La inspiración aparecía y me sentía capaz de escribir las mejores historias, pero como siempre, en el tiempo que había transcurrido entre ese primer momento de iluminación y el momento en que finalmente me senté a escribir, la idea se había convertido en algo sin forma ni sentimiento.

Me maldije a mí mismo, como lo hacía cada vez que perdía una idea, porque sabía bien que los momentos perdidos jamás regresaban, era una lección que nunca aprendería.

Di un trago al vaso de whiskey que se encontraba a mi izquierda. Hice una mueca cuando el licor se deslizó a través de mi garganta, quemándola. Pensé en lo único en lo que sabía pensar... en Ivette.

Di un suspiro, tenía ganas de fumar, a pesar de que ya no soportaba el sabor del tabaco en mi boca, no desde que lo había dejado años atrás.

Me levanté de mi asiento y fui hasta la cocina, dejé el vaso que había utilizada a un lado del fregatrastos. Había dejado que los platos se acumularan y tampoco había sacado la basura de la semana. Para dar crédito de ello, una mosquita voló hasta mi nariz, indiferente ante mi asco. No podía escribir en semejante trochil.

A Ivette no podía culparla si mi cocina se encontraba en tal estado. O tal vez sí... la había convertido en mi chivo expiatorio. Si mi vida se derrumbaba frente a mis ojos, era por culpa de ella. ¿A quién más podía culpar sino a ella? ¿A mí mismo?

Ivette... ¿Cuántos años habían pasado desde nuestro primer encuentro? ¿Y cuántos desde el último?

Hice el cálculo mientras lavaba los platos. Hoy era el 25 de julio, es decir, que no nos habíamos visto desde hacía exactamente tres años y diecisiete días. 1112 días. 158 semanas y seis días.

Sentí rabia e impotencia contra mí mismo, aquí me encontraba yo lavando los platos y pensando en una persona que vivía no sé dónde con quién sabe quién, que hacía no sé qué cosas y que seguramente no estaba pensando en mí.

Cuando terminé de limpiar la cocina, fui a sentarme al sillón para mirar televisión. No había salido en todo el día ni tenía planes de hacerlo.

A Ivette le daba risa que conociera toda la programación de A a Z y aún más risa que yo le dijera que los programadores estaban locos de poner películas buenas una después de otra. Cuando eso pasaba, me sentía obligado a verlas todas y a dormirme hasta las dos de la mañana.

Hoy, para variar, tenía la opción entre una noche de vaginas y una noche de Hitchcock, Mocky y Sabu. Como ya había visto Vértigo, me decidí por una película que hablaba sobre la invención de los dildos.

La primera vez que se hizo una referencia explícita a los dildos fue hace alrededor de 2300 años en Mileto, en la actual Turquía. En aquel entonces Mileto era una ciudad griega conocida por la producción y distribución de los olisbos, que estaban hechos tanto en piedra, como de cuero o de madera y para lubricarlos se utilizaba aceite de oliva.

Sin embargo, podemos agradecer a la Italia del Renacimiento, y más precisamente a Pietro Aretino, por la palabra dildo, que podría venir ya sea del latín dilatare o del italiano diletto, deleite.

En los diálogos de Aretino, Nanna, una antigua cortesana no sabe qué hacer con su hija, que sólo puede escoger uno de los tres destinos siguientes: ser monja, esposa o puta. De haber sido su hija un varón, entonces no se hubiera limitado a sólo esos tres, en realidad, una varón hubiera podido hacer lo que quisiera.

—¿No eras monja, esposa y cortesana? —le pregunta su amiga Antonia.

—Sí —responde Nanna—, pero 'hoy en día las monjas, esposas y putas viven vidas diferentes

de lo que solían'.

En su juventud Nanna, es obligada por sus padres a ir a un convento, donde conoce la vida licenciosa que llevaban los frailes y las monjas entre ellos. Y es ahí donde ella conoce las frutas de vidrio de forma alargada venidas de la isla de Murano y la utilización que le daban las monjitas.

En 1592, Thomas Nashe escribe un poema titulado *Choice of Valentines*, donde una prostituta que es cortejada por un hombre que no es capaz de complacerla sexualmente, termina utilizando un dildo.

3

Eché un vistazo a mi nada lujoso, pero funcional apartamento. El piso de madera era viejo y resonaba al caminar. Debía volver locos a los vecinos, cada vez que una idea estaba por llegar y me echaba a andar de un lado a otro.

Había trabajado durante tres años en la misma compañía, y durante ese tiempo, y a pesar de tener una relación cordial con mis compañeros de trabajo, no había logrado entablar ni una sola amistad verdadera. Tampoco había logrado liarme de afecto con mis superiores ni a sentir el menor apego a mis tareas cotidianas. Mi única motivación había sido siempre el dinero. Cuando entraba en el gran edificio de la compañía, tenía la impresión de que algo importante se desprendía de mí. Algo irrecuperable. Cada día que pasaba sentado en esa oficina minúscula, era como un día perdido.

Llegaba siempre a la gran torre de mi empresa, mis auriculares bien metidos en los oídos y la música resonando hasta el mareo, pasaba las revisiones de seguridad obligatorias, ponía mi tarjeta de empleado frente al lector en la puerta, que se abría rápidamente, llamaba al ascensor y bajaba en el piso 40. Mi trabajo era rutinario y me dedicaba a hacer las tareas que me encargaban poniendo el mínimo de esfuerzo necesario. No necesitaba utilizar mi creatividad ni mi energía mental para algo tan inútil como mi *bullshit job*, además, mi trabajo apenas era supervisado.

Vivía sumido en el aburrimiento y en el estrés relacionado al aburrimiento mental.

4

Sentado frente a mi bendita máquina de escribir intenté recordar una de nuestras últimas conversaciones. La había repasado tantas veces en mi cabeza que podía evocarla sin esfuerzo.

—Seguro debes de tener más amantes por ahí —le dije.

—¿Qué te hace pensar eso?

—¿Por qué una chica guapa como tú saldría conmigo sin más? Seguro que muchos hombres te prestan atención...

—Muchos hombres me prestan atención.

La sangre comenzó a hervirme en las venas y la estreché con más fuerza aún. Creí que la voz me temblaría al hablar, pero no lo hizo.

—Y seguro te gusta la atención...

—¿A qué mujer no le gusta?

Se levantó y comenzó a vestirse en la penumbra. Yo estaba al pendiente de cada movimiento suyo. Sus gestos eran veloces y certeros, porque quería irse y dejarme lo más pronto posible. Irse con algún otro hombre.

—Si seguís así te quedarás solo —dijo, cortando en seco el hilo de mis pensamientos.

—O sea que sí planeas dejarme. ¿Desde cuándo lo sabes?

—Yo no planeo nada, Manolo. Es sólo que me cansás con todo eso que decís. Antes creía que podía cambiarte, me decía que tenías problemas de confianza y que era normal, todos los tenemos, ¿sabés? Pero ya me di cuenta de que es más que eso y que no puedo ayudarte.

Me dirigió una mirada que se apresuró a desviar. Yo no supe interpretarla en la penumbra, pero el suspiro que salió de sus labios no me pasó desapercibido.

Pensé en atraparla por el brazo, y decirle mil cosas, que cambiaría, que sería diferente. Pero me mordí la lengua y no hice nada de eso y aunque lo hubiera hecho, de nada hubiera servido.

Se levantó sin esperar a que yo la acompañara hasta la puerta. En aquel momento salió de mi casa, pero jamás saldría de mi corazón.

Sólo he estado enamorado dos veces en mi vida. La primera, de una chica de mi clase cuando tenía dieciséis años. Estuve enamorado de ella durante dos años, es decir, 12.5% del tiempo total que había estado en esta tierra. Nadie más lo sabía. No tenía amigos con quienes confesarme y mi relación con mis padres era demasiado superficial como para tocar el tema. Era nuestro último año escolar y nuestro último mes de escuela. Pronto nos separaríamos para vivir cada uno vidas diferentes. Ella iría a la universidad a estudiar medicina y yo no tenía ni idea de adónde iría. La idea de no verla de nuevo me aterraba.

Esperé a que estuviera sola, hice acopio de todo mi valor y fui hasta su casillero. Mientras ella acomodaba sus libros, le dije.

—¿Quieres dar un paseo antes de regresar a casa?

—Mis amigas me están esperando.

—¿Eso es un sí o un no?

Ella titubeó un momento y se mordió los labios como la había observado hacer tantas veces. Conocía cada uno de sus gestos, la manera en que se acomodaba los lentes con una sola mano, la manera en que un mechón rebelde escapaba de su cabeza y la manera en que lo apartaba, sin apenas fijarse.

—Es un sí. Dame un minuto para avisarle a mis amigas.

Regresó tan rápido como se había ido y echamos a andar en silencio. Yo era demasiado tímido como para abordarla. Dejé que mi mirada cayera sobre mis pies.

Nuestra escuela estaba construida delante de un río que se había secado hacía años. En mi casi catorce años de escuela, jamás lo había visto con agua. Caminábamos bordeándolo. Yo no había pensado en ningún rumbo en particular ni en hacer nada con ella, lo único que quería era decirle que la amaba. Luchaba por encontrar las palabras adecuadas para expresarle lo que sentía, pero tenía los labios secos y un nudo en la garganta.

Bajo el sol de julio y con mis innumerables dudas, el calor se hacía más sofocante con cada paso que daba. Me hubiera gustado detenerme de manera súbita y tomarla entre mis brazos. No hice nada de eso, por miedo al rechazo.

—¿Hace cuánto tiempo que nos conocemos, Manolo? —me dijo.

—Desde que teníamos siete años —le dije.

—Ya... Es mucho tiempo.

—Sí.

El silencio, interrumpido únicamente por el sonido de un carro ocasional que pasaba a nuestro lado, cayó nuevamente sobre nosotros.

—¿Y? ¿Qué es lo que querías decirme? —me dijo, después de lo que me parecieron quince minutos.

Me detuve en seco. Había ensayado mil versiones de nuestra conversación en mi cabeza, en mil escenarios diferentes, con mil resultados diferentes. Sin embargo, cuando la vi de pie frente a mí, sus ojos clavados en los míos, la mirada expectante y la boca entreabierta no supe qué decirle. Mis sentimientos y toda la situación me parecieron ridículos. ¿Por qué habría de decirle que la amaba, cuando pronto nos separaríamos para siempre? Las palabras no me traerían ningún bien.

—Quería darte las gracias por haberme pasado tus apuntes. Es por ti que validé la

preparatoria.

—¿Eso es todo?

—Sí, eso es todo.

Ella no dijo nada. Intenté leer sus ojos, pero ellos no me dejaron entrever nada. Lo más probable es que sintiera alivio. Dio un suspiro.

—Regresemos —me dijo.

Y echamos a andar por el camino por donde habíamos venido.

—Siempre pensé que eras un poco raro.

—¿Por qué?

—No lo sé, demasiado adulto. No en el sentido negativo, no te lo tomes mal. No sé cómo describirlo, pero siempre me pareciste mayor de lo que eres. Eres muy silencioso y nadie sabe nunca lo que estás pensando. Podrías ser un psicópata.

—¿Crees que yo podría ser un psicópata?

—No lo sé. Te conozco desde que éramos niños, pero al mismo tiempo no sé nada de ti. Podrías ser muchas cosas.

Un carro desaceleró hasta ponerse a nuestra altura. La ventanilla tintada se abrió haciendo un zumbido y dejó al descubierto a un hombre con camisa negra, cabellos alborotados y sonrisa amarillenta. Sentí repulsión sólo de mirarlo.

—Mamacita, ese manguito yo sí lo chupaba.

Ella bajó la cabeza avergonzada y yo permanecí en silencio, esta vez no por miedo o timidez, sino, porque mi propio enojo me impedía hablar. La sangre se me había ido a la cabeza y me temblaban los puños. No concebía que un hombre maduro, se atreviera a decir tal cosa a una chica de preparatoria.

—¿No quieres venir a darme un besito, mi amor?

Sólo eso bastó. Salí disparado como si alguien hubiera presionado un botón secreto.

—Bájate, pendejo —le dije.

La ira me dominaba y apenas pude pronunciar las palabras correctamente. El tipo me echó una rápida mirada y después se volvió hacia los otros dos ocupantes del carro.

—P—p—p—pendejo —soltó una carcajada a la que los otros dos hicieron eco—. Habla bien, animal.

Además de haberse atrevido a insultarla, ahora también me faltaba el respeto a mí. Lo tomé por la camisa, y sin darle tiempo de reaccionar le pegué un puñetazo. Uno y otro y otro y otro. No supe cuándo se bajaron los otros dos hombres del carro. Alguien me empujó, perdí el equilibrio, pero sin caer. Me repuse y sin perder un solo instante, me abalancé sobre uno de ellos. Cayó sobre su espalda, haciendo un ruido seco. Sin perder tiempo, me levanté y me dirigí hacia el otro, el dio un paso hacia atrás, que resultó demasiado lento para escapar a mis puñetazos. Yo era alto y fornido, y aunque nunca había recibido ninguna educación formal en las artes marciales, lo compensaba con una especie de talento natural.

Me detuve cuando la escuché gritar mi nombre.

Las manos me temblaban, al igual que el resto del cuerpo. Respiraba con dificultad. Di un paso hacia ella y ella dio un paso hacia atrás.

Los dos tipos yacían por tierra, les eché un rápida mirada. Estaba seguro de que no se levantarían en un buen momento.

—Vámonos antes de que nos vea alguien —me dijo— sería difícil de explicar.

El miedo inicial que ella había sentido parecía haberse disipado. La tomé por la mano, y nos alejamos de ahí.

—No sabía que tenías tanta fuerza, Manolo. ¿Es raro que me sienta feliz y triste al mismo tiempo? —me preguntó—. Espero que no les haya pasado nada grave.

—Lo tienen bien merecido, no soporto la idea de que le falten al respeto a las mujeres.

—No es la primera vez que alguien me hace un piropo de mal gusto. La vez que más vergüenza tuve fue un día en que estaba con mi mamá y mi hermanita —me sonrió con timidez—, pero sí es la primera vez que alguien me defiende. No sabía que eras tan fuerte —repitió en voz baja.

—¿Dijiste algo?

—Siempre pareces tan serio y estoico. No imaginé que pudieras... Ya sabes... Quiero decir... —sus mejillas se cubrieron de rubor—, sólo estoy sorprendida. Déjame ver tus puños.

Nos detuvimos un momento, ella tomó mis manos entre las suyas. Las examinó con cuidado.

—¿Duele?

—No —le dije.

Era una mentira. La piel estaba descarapelada y al rojo vivo. El efecto de la adrenalina comenzaba a disiparse y me sentía como si hubiera golpeado la pared.

—¿Crees que un beso te haría sentir mejor?

Sus labios se pegaron a los míos antes de que hubiera tenido tiempo de responderle.

Durante mucho tiempo creí que me llevaría su beso hasta la tumba. Qué ingenuo era. Ahora, después de tantos años, no recuerdo la sensación de sus labios sobre los míos ni el sabor de su boca.

6

Ivette y yo nos conocimos como se suele conocer a tantas personas, en el trabajo. Después de haberme graduado de la universidad, conseguí un trabajo como asistente de director de proyectos en una multinacional. Estaba seguro de que la única razón por la que había obtenido el puesto, era porque soy capaz de hablar tres idiomas fluidamente y porque le había resultado simpático a la entrevistadora, quizá más lo segundo que lo primero. Ivette era un año mayor que yo y éste era su segundo trabajo.

Cuando llegué a la empresa mi material informático no estaba listo. No tenía computadora para trabajar y tampoco un lugar asignado. Además, mi responsable directo había tenido problemas familiares la primera semana, por lo que no estuvo ahí para recibirme ni mostrarme las instalaciones como yo esperaba que lo hiciera. Escogí un escritorio que parecía que no era utilizado por nadie y me dejé caer sobre la silla. En el *open plan* había cuatro escritorios, pero yo era el único en aquel momento. Esperaba no haberme sentado en el lugar de nadie. Lo último que quería era meter la pata en mi primer día de trabajo.

Pensé en dar una vuelta alrededor del área y presentarme ante los demás. Hice lo primero, pero no lo segundo. Mi timidez terminó ganando la batalla, así que recorrí los pasillos en silencio.

Había oficinas, pasillos y *open plans*. Los cubículos en los *open plans* eran todos idénticos. Las oficinas tenían tamaños diferentes, en algunas había dos, tres o incluso cuatro personas. Cada quien era libre de decorar su espacio a su gusto.

La Torre Eiffel en el fondo me llamó la atención. Entré en la oficina. Era pequeña y lo que más me gustó era la enorme ventana desde la que podía verse el monumento más emblemático de toda Francia. De la pared junto al escritorio que se encontraba más cerca de la ventana pendían innumerables postales. Barrí el escritorio con la mirada. Estaba ordenado. Los lápices y plumas estaban alineados, al igual que los papeles y el resto del equipo.

No me di cuenta de que alguien escribía, hasta que el sonido de los dedos golpeando el teclado se detuvo. Tomé consciencia de que un par de ojos azules me miraban con curiosidad.

—*On se connaît pas* —la voz aguda, pero bien modulada de la chica de ojos azules me tomó por sorpresa.

—*Oh désolé, je voulais pas vous déranger.*

Me apresuré a bajar la mirada.

—No me estás molestando —me dijo en español—. Tenés un acento, ¿hablás español o me equivoco?

—No, quiero decir, no te equivocas. Soy mexicano. Hablo español.

—Sí, ya sé que en México se habla español —rio y sus ojos brillaban—. No conozco a muchos mexicanos aquí —permaneció pensativa un momento, mirando la pantalla de la computadora—, en realidad no conozco ninguno.

—¿De dónde eres? ¿Eres argentina?

—Ah, es una lástima, pensé que serías diferente. Nadie lo adivina.

—¿Uruguay?

—Sí.

—¿De qué parte?

—¿Conoces Uruguay?

—No.

—Entonces mi respuesta no importa.

Lo consideraré un momento.

—Supongo que no.

—Soy de la capital. ¿Vos de que parte de México venís?

—¿Conoces México?

—No, pero la respuesta sí importa. Decime.

—De Tijuana.

—¿Si te hablo de las drogas y la violencia supongo que no sería original?

—No. Vengo escuchando la misma broma desde que llegué.

—¿Hace mucho?

Hice un cálculo mental.

—Hace casi cinco años.

—Para alguien joven es mucho tiempo.

—En años de perro también.

Tenía los dientes blancos y muy bien alineados. Seguro había usado frenos cuando era adolescente. Los míos estaban un poco torcidos, pero nada que pudiera resultar chocante.

Fue Ivette quien me mostró el piso y quien me presentó a las personas que trabajaban en él. Fue también con Ivette con quien compartí mi primer almuerzo de trabajo. Yo no tenía tarjeta de empleado aún, así que ella se ofreció a pagar con la suya. Nos sentamos en el fondo, junto a las ventanas. Me sentí aliviado de saber que vería la luz natural al menos durante una hora. Mi *open plan* no tenía ninguna ventana por donde pudiera filtrarse el sol.

—Llegaste en una temporada floja, muchas personas están de vacaciones ahora, pero ya verás que será más animado cuando regresen.

—No sé si quiero eso.

—¿Qué querés decir? —me dijo, después de masticar el trozo de carne que había cortado segundos antes.

—No me gusta estar rodeado de gente.

Ella no hizo comentario alguno durante unos cuantos segundos. Me miró, con un brillo extraño que me provocó una sensación desconocida, y nada reconfortante.

—Pues no le gusta estar rodeado de gente.

Con el tiempo me daría cuenta de que ella tenía la costumbre de repetir las frases que la desconcertaban como si estuviera hablando con alguien más.

Como si necesitara darle una explicación, me apresuré a agregar:

—Desde que era pequeño siempre ha sido así. No me siento cómodo cuando estoy rodeado de otras personas. No sé muy bien a qué se deba. Cuando estoy en un grupo de personas, me siento como si no pudiera ser yo mismo. Como si de cierta manera perdiera mi individualidad.

—Ey, ¿te das cuenta de que apenas nos conocemos y ya me estás haciendo confidencias?

Me rasqué el cuello.

—¿No debería?

—Sí, sí deberías. Me gusta la gente que no tiene miedo de hablar.

Lo que no le dije es que a mí me daba miedo hablar, pero lo que no me daba miedo, era hablar con ella.

Pasé la mayor parte de la semana con los ojos pegados en mi celular. Mi manager no estaba disponible y no se me había asignado aún ninguna tarea. Uno de mis nuevos compañeros, al verme ocioso, me recomendó que comenzara a leer sobre la empresa, me dio un montón de material

informativo y me dijo dónde podía encontrar más. Le sonreí.

—Así podrás pasar el tiempo.

Le sonreí una vez más, e intenté que mi voz sonara lo más educada posible.

—Es una excelente idea —le dije al tiempo que abría uno de los libros que había depositado frente a mí—, lo voy a leer inmediatamente.

Apenas se alejó, la sonrisa murió en mi rostro, no tenía ninguna intención de aburrirme leyendo esa basura.

Saqué mi celular una vez más y continué el artículo que había dejado a medias. El 16 de mayo, en Georgia, Estados Unidos, el dueño de una plantación fue asesinado, lo que provocó que una muchedumbre de hombres blancos lincharan a hombres negros que se sabía no estaban en buenos términos con el occiso. Dichos linchamientos ocurrieron en el espacio de dos semanas. Una de las primeras víctimas o la primera, fue Hayes Turner, quien fue asesinado violentamente el 18 de mayo de 1918. Su esposa, Mary Turner, madre de dos y embarazada de ocho meses denunció la muerte de su esposo y amenazó con hacer que arrestaran a los culpables. A Mary la colgaron por los pies y después la inmolaron. Mientras estaba viva, su abdomen fue segado por lo largo, causando que su hijo no nato cayera al piso, donde fue aplastado hasta la muerte por la multitud, acto que Mary Turner presencié en su totalidad.

Como no tenía computadora y para pasar el tiempo, diseñé una con un par de hojas de papel. El diseño rudimentario me tomó menos de quince minutos. Ivette asomó su cabeza rubia justo cuando daba los toques finales.

—Veo que tienes material para leer —dijo levantando una de las revistas que el otro compañero me había dejado el día anterior—. *Recursos Modernos...* A mí también intentaron venderme esa basura. Ni siquiera sé porqué lo siguen produciendo, no creo que haya nadie en la empresa que la lea.

—Debe haber una persona... ¿Qué tal Antoine?

—Antoine es un bicho raro, si alguien es capaz de leer eso, ése es Antoine. ¿Sabes? Por ahí dicen que le gusta el... —se cayó, se mordió el labio, y al tiempo que miraba por encima de su hombro, hizo un gesto poniendo su mano, como si emulara una paleta en su boca o mejor dicho un pene—, pero no el de cualquiera, sino el del jefe de Control de Gestión.

—¿Y a ti?

—¿El pene del jefe de Control de Gestión? Ni en broma. Mira con esa cara de santurrón que te cargas, no sabía que podías hacer esas bromas.

Se acercó hasta invadir mi espacio personal. Traía una blusa escotada que dejaba al descubierto una parte de sus senos. Aparté mi mirada, esperando que ella no la hubiera notado, y para distender la atmósfera, señalé el dibujo que había hecho momentos antes.

—¿Qué opinas de eso?

—Hmm que le puedes hacer competencia a *Apple*. Aunque yo trabajaría un poco el diseño —tomó un plumón y dio varios retoques—. ¿No está mejor así?

Mi jefe era un lobo solitario y por lo general no me delegaba ninguna tarea importante. Lo que me pedía que hiciera no necesitaba de mucho seso. A veces tenía que redactar correos electrónicos para él, otras veces sólo tenía que copiar y pegar de un documento a otro. En un principio había intentado ser más activo y mostrarme solícito, pero después de analizarlo pensé que no me correspondía mendigar el trabajo y si le empresa no tenía nada que darme, entonces no era mi problema.

—¿Me llamaste? —dije a mi jefe al entrar en su oficina.

—Sí, necesitaba ayuda con algo, pero ya lo resolví.

—Oh, muy bien.

—Pero si me traes un café te lo agradecería mucho —me dijo.

—Claro.

La jerarquía era simple, yo era el jefe de proyecto y mi jefe el director de proyecto. Trabajábamos en el área de recursos humanos de una gran empresa. Mi jefe tenía una jefa directa, la jefa tenía otra jefa, la jefa tenía otra jefa y finalmente llegábamos a la jefa final que era responsable del área de Recursos Humanos a nivel mundial. Mi jefe era el director de proyectos en Entrenamiento, es decir que su trabajo consistía en crear diferentes capacitaciones para los ejecutivos de la empresa y para que ellos desarrollaran diferentes habilidades que para mí no tenían mucho sentido, y que querían decir todo y nada al mismo tiempo. Habilidades subjetivas como “liderazgo”, “abrir la mente”, “responsabilidad”, “inclusión”, etc. Yo no veía la utilidad de esas capacitaciones, a menos que éstas consistiera únicamente en consentir a los ejecutivos en puesto altos, podían viajar gratis, hospedarse en hoteles de lujo, tener sus comidas pagadas y disfrutar de una que otra clasecilla interesante encaminada a despertar su “liderazgo”.

Mis primeras semanas en el trabajo transcurrieron sin muchos cambios. Mi jefe pasaba la mayor parte del día en reuniones, ya fuera en persona o por Skype. Yo, por mi parte, me dedicaba a obedecerlo. Copiaba y pegaba de un documento a otro, creaba tarjetas de nombres en Word, las imprimía, recortaba y finalmente las metía dentro de los porta—nombres para que los ejecutivos en las formaciones supieran quién era quién. También redactaba uno que otro mail. Muy de vez en cuando asistía a alguna de sus reuniones. Cuando eso pasaba, tomaba mi computadora para poder tomar apuntes y llegaba un poco más temprano que los otros para poder instalarme. Al final, terminaba sin tomar ninguna nota. Las reuniones eran aburridas y solía salir de ellas igual que como había entrado, es decir, sin haber aprendido nada. No entendía cuál era mi rol en el equipo ni entendía el trabajo de mi jefe. No tenía ni la menor idea de lo que ocurría en el área donde trabajaba y mucho menos las sutilidades de la empresa. Me pasaba la mayor parte del tiempo, sintiéndome como si estuviera intentando resolver un rompecabezas, sin tener todas las piezas.

Mi jefe y yo teníamos una buena relación a nivel personal, pero ninguna química en el plano profesional. De vez en cuando, venía hasta mi escritorio para disculparse por estar ocupado.

—Vale —le decía cuando eso sucedía—. Es normal, tienes mucho qué hacer.

—Pero no te preocupes la semana siguiente tendré algo que darte. Estamos empezando por lo más básico. Creo que es importante en cualquier negocio, empezar por las cosas más básicas.

—Lo entiendo —le decía y no le mentía. Entendía que no tenía ningún trabajo que delegarme, puesto que cada semana la misma escena se repetía.

Los días comenzaron a convertirse en semanas. El cielo pasó de un azul celeste a un azul grisáceo. La gente se quejaba todo el tiempo de la lluvia, del viento y del frío. Yo me unía a sus conversaciones para pasar el rato, hablar del tiempo era siempre seguro.

—¿Por qué no preguntás a alguien más si puede darte más trabajo qué hacer? —me preguntó Ivette mientras comíamos en el comedor de la empresa. Era la tercera vez en la semana que la comida parecía un pedazo de plástico. Intenté cortar un pedazo de carne, aplicando más fuerza. Terminé lastimándome el dedo.

—Eso ya lo he hecho, pero no me dan nada útil. Sólo traducciones de inglés o francés hacia el español. Y no hay nada que odie más que traducir. No sé cómo hay gente que puede hacerlo. Y si no son las traducciones entonces tengo que hacer presentaciones PowerPoint, presentaciones que me dan fastidio y que no me enseñan nada. Lo segundo que más odio son las presentaciones de PowerPoint.

—¿Y si hablás con tu jefe y le decís que necesitás un proyecto? Y bueno, ¿vos sabés? Podés decirle que necesitás tener claros tus objetivos, saber lo que hacés en la empresa. Es que yo no podría quedarme con los brazos cruzados. Me aburriría muchísimo. Y seguro que si se lo explicás así, él lo entenderá y pensará que tenés una buena actitud.

—No es que me quedé con los brazos cruzados, es sólo que ya no tengo ganas. Me siento desinteresado y también desmotivado.

—Pero, ¿comprendés? Ésa es una razón de más para hablar con él.

—No sé, Ivette. No siento que me corresponda a mí andar mendigando trabajo. Fueron ellos los que me contrataron y también son ellos los que me están dando un salario. Es su problema si ese dinero se va a la basura. ¿Qué es eso? —Ivette había dejado su celular sobre la mesa y la pantalla se iluminó de manera repentina. No reconocí el ícono de la notificación.

—Oh, ¿esto? Es alguien que me mandó un mensaje. Es una aplicación para conocer gente.

—¿Conocer gente?

Quizá mi tono de voz había sido más alto de lo que había sido mi intención, los comensales a nuestro lado se voltearon y me observaron un momento.

—*Vous n'avez jamais entendu l'espagnol?* —les pregunté. Ivette rió sorprendida, mientras ellos se volteaban rápidamente.

—De verdad que sos todo un caso —había apoyado su barbilla sobre ambas manos y me observaba con sus ojos de cielo—, por una parte, parecés tímido y tenés ese aire misterioso, pero al mismo tiempo tenés tu carácter, ¿eh? Estoy segura de que te ha metido en problemas más de una vez. ¿O me equivoco?

—¿Has conocido a alguien? —le dije sin apenas haber prestado atención a sus comentarios.

Suspiró y el suspiro que escapó de su boca, fue lo suficientemente fuerte como para que sintiera su aliento cálido sobre mi rostro.

—No, a nadie que valga la pena.

—¿Entonces sí conociste a alguien?

—Bueno, sí, pero las cosas no funcionaron. No creo que lo vuelva a ver.

—¿Crees? Entonces hay una posibilidad.

Ella guardó silencio un par de instantes.

—¿Adónde querés llegar? —me preguntó.

—Nada. Deja de utilizar esa aplicación y en lugar de eso sal conmigo.

Estaba a punto de dar un bocado a su pasta, en lugar de eso, el tenedor quedó en el aire.

—¿Disculpa? ¿Lo decís en serio?

—¿Por qué lo diría de broma? Este viernes a las 20h. Conozco un bar que hace buenos cocteles.

—Bueno, sí lo decís así no podría decirte que no. Iría sólo por los cocteles, no vayás a pensar otra cosa.

Nos sonreímos y terminamos de comer rápidamente. Habíamos tomado más de una hora para nuestro almuerzo

.

Pasé el resto de la semana con el corazón alocado. El tiempo en el trabajo me parecía eterno y fuera de él, me parecía aún más lento. Cada vez que me encontraba libre, mis pensamientos volaban hasta Ivette. La veía en el trabajo y seguíamos comiendo el almuerzo juntos la mayor parte del tiempo, pero me costaba relajarme en su presencia.

Tenía miedo de que ella se diera cuenta de lo mucho que me excitaba y de que supiera que me masturbaba cada noche pensando en ella. Sobre todo, tenía miedo de tener una erección enfrente de ella. Comencé a usar ropa interior ajustada, pantalones un poco más grandes y suéteres anchos que ocultaban el bulto en mi entrepierna que amenazaba con explotar en cualquier instante.

El viernes me levanté mucho más temprano que de costumbre, la opresión en mi pecho no me había dejado ni un solo instante. Me costaba respirar. Hice un poco de ejercicio en mi habitación. Fue inútil, en todo en lo que pensaba era en que tendría una cita con Ivette.

Después de ducharme me miré en el espejo. Tenía los ojos hundidos y surcados por ojeras violáceas y un poco de acné que camuflaba con mi barba.

Llegué al trabajo temprano y tuve la fortuna de que no hubiera casi nadie. Me instalé en mi cubículo y prendí la computadora. Me pasé la mano por el rostro y suspiré por lo bajo.

—Hola, ¿por qué suspirás? —levanté la cabeza y me encontré con los ojos risueños de Ivette.

—Creí que estaba solo.

—Ya ves que no... Entonces, ¿por qué suspirás?

—Por ti, ¿por quién más?

—¿Por mí?

—Sí..

—¿Estás nervioso?

Lo pensé un momento, antes de darle una respuesta.

—Sí, estoy nervioso de verte fuera del trabajo.

—Ya verás que todo va a salir bien.

Regresó a su oficina y yo a mis pocas tareas aburridas. Leí mis correos que en su mayoría eran sólo spam. Pensé en lo que Ivette me había dicho sobre tener una conversación con el jefe. Le di vueltas y después de un rato, terminé escribiéndole un correo para que me concediera unos momentos.

Esperé fuera de su oficina. No estaba nervioso, el trabajo me importaba poco y la opinión de mi jefe me era casi indiferente. La única razón por la que quería hablar con él era simple y sencillamente porque no encontraba ningún estímulo mental en lo que hacía y pasar más tiempo en esa situación me parecía absurdo, si había una posibilidad de cambiarla, entonces no iba a dejarla pasar.

—Pasa, Manolo —me dijo cuando terminó su llamada telefónica.

Nos sentamos frente a frente, su actitud era abierta y benévola, como siempre.

—Dime, ¿en qué puedo ayudarte?

La voz me tembló y me maldije por ello, solía sucederme incluso si no me sentía nervioso, al menos no de manera consciente.

—Quería hablar sobre mi trabajo aquí.

—Oh lo siento, debes pensar que no hay mucho que tengas que hacer. Pero para mí es siempre importante empezar por lo más bajo. Aprender las bases como se debe.

—Ajá, no tengo la menor duda.

—Porque si no aprendes bien las bases, no puedes estar preparado para las cosas más grandes.

—Estoy de acuerdo.

—Entonces, ten paciencia que pronto notarás un cambio.

—Eso no lo dudo, pero me gustaría tener más claro mi papel en la empresa.

El hizo unas cuantas anotaciones en su cuaderno.

—Tener las misiones claras. ¿Algo más?

—Y bueno, me gustaría saber cuáles son los objetivos del año. Además, me gustaría participar en más reuniones para poder entender lo que está pasando a mi alrededor. De lo contrario, me siento como si intentara armar un rompecabezas.

—Ajá, objetivos, más reuniones... Vale, he tomado nota de todo y lo tendré presente en el futuro —echó un vistazo rápido a su reloj—. Lo siento, pero tengo una reunión en diez minutos.

—Sí, entiendo. Gracias por tu tiempo —me levanté y le di la mano. Nos sonreímos educadamente.

En el almuerzo le conté a Ivette lo que había sucedido con el jefe.

—Ya era hora. Además, todo el servicio sabe que no hacés nada. ¿Qué fue hoy? ¿Videos, leer posts?

—Vi películas.

—Yo no podría hacer eso durante ocho horas al día, cinco días por semana. Necesito trabajar y sentirme útil.

Me mordí la lengua antes de decirle que pensaba que su puesto era aún más inútil que el mío. Secretaria de la secretaria, pero Ivette era eficiente y también una perfeccionista nata y lo que era aún más importante, es que era una persona ambiciosa. Yo era la clase de persona que prefería las cosas fáciles, las que no costaban ningún esfuerzo. Por eso creo que íbamos tan bien el uno con el otro, ella me aportaba cosas que no me salían naturales y poseía cualidades que yo no poseía. Si alguien en el mundo podía motivarme a hacer más de lo que hacía, ésa era Ivette.

—No es un problema para mí, pero lo único que me molesta es la falta de estímulo mental.

—Pues para eso necesitas un trabajo.

“No necesito un trabajo para sentirme estimulado, necesito una ocupación que me guste”, pensé en decirle, pero no lo hice. Quizá un día le diría todo lo que pensaba, pero ahora no era el momento.

A las 8 menos quince estaba enfrente del bar. A las 8 con cinco comencé a revisar mi celular para ver si Ivette me había enviado un mensaje. Escruté la calle para ver si la veía llegar, pero no había ni señales de ella. No se atrevería a dejarme plantado. No cuando podíamos construir algo duradero juntos. Habíamos sentado buenas bases.

Me giré al sentir que me llamaban por la espalda. Ivette se había cambiado la ropa y también se había arreglado. Lucía un pintalabios rojo, de ese color brillante que suelen usar las putas, sólo que en ella la impresión era la opuesta, una chica linda de buen gusto y buenas maneras.

—¿Has esperado largo rato?

—No, acabo de llegar.

Me sentía tenso y pensé que debía ser seguramente por el hecho de verla en un horario diferente al usual.

—¿Estás bien?

—Sí —respondí de manera seca.

—Relájate. No te voy a morder. A menos que quieras que lo haga.

—Tal vez quiera que lo hagas.

—No tendrás que decírmelo dos veces.

—¿Cuándo fue tu última relación amorosa? —me preguntó mientras nos sentábamos uno frente al otro bajo las luz tenue del bar.

—Nunca he tenido una —le dije, tras un instante de vacilación en el que consideré ocultar la verdad.

—¿No serás virgen?

—¿Por qué no lo compruebas por ti misma?

—Quizás.

Desvié la mirada, porque no podía soportar sus ojos sobre los míos. Repentinamente me sentí bobo y temí que ella se diera cuenta de lo ridículo que era.

—¿Qué hay de ti? —habíamos pedido varios shots de tequila para cada uno y para darme valor vacié dos de ellos de golpe.

—¿Si soy virgen?

—No, ya sé la respuesta a eso. ¿Qué hay de tu última relación amorosa?

—Fue hace un par de años. Ahora disfruto de la vida de soltera.

Su última frase me había hecho sentir incómodo. ¿Qué significaba disfrutar de la vida de soltera? ¿Que se acostaba con un montón de tipos? No quería pensar que eso fuera posible. No una chica de buen gusto y buenas maneras

Ni juntando todas las palabras del diccionario y poniéndolas una de tras de otra de manera coherente, podría describir la primera vez que Ivette y yo nos acostamos juntos. Basta decir que en 24 años de existencia jamás experimenté un sentimiento similar.

Todos los rostros se volvieron a mí. Era temprano por la mañana, aunque no tanto como hubiera querido. Había olvidado que tenía una reunión y me había levantado más tarde que de costumbre.

No importaba si iba o no, si llegaba temprano o tarde, mi presencia era innecesaria. El metro estaba a rebosar y la gente, como de costumbre, lucía rostros crispados y ojos agotados. Me sentí aún más malhumorado al pensar que yo debía verme exactamente igual.

Abrí la puerta y me disculpé por mi retraso. Ocupé la única silla vacía, al centro de la sala de reuniones. La reunión continuó, encendí la computadora, según yo para tomar apuntes, pero como siempre mi atención comenzó a disiparse. Intenté contener mi risa por los memes que veía en internet.

Recorrí la sala con la vista. En total éramos ocho personas. A todos los conocía. A mi lado derecho se encontraba mi jefe, después la encargada de comunicación, con quien había hablado en un par de ocasiones. También estaba la asistente de la encargada de comunicación, ésa lamebotas a la que quería abofetear cada vez que la veía. Enseguida de ella se encontraba Harry Potter, era la jefa de proyecto del equipo digital. Le decíamos Harry Potter, porque tenía una cicatriz roja en el centro de la frente. No creo que le cayera bien a nadie en el equipo, la mayoría de las personas la evitaban. A mí me daba igual. Me moría de risa por lo bajo cuando los compañeros se escabullían de puntillas a la hora de la comida para no tener que invitarla a almorzar. No sé por qué razón a la gente le resultaba tan antipática.

Me había dedicado a observarla durante un par de semanas con la esperanza de obtener una respuesta. No era una chica guapa, pero tampoco era fea. Tenía mal gusto para vestirse, pero podía decir lo mismo de gran parte de la gente que conocía. Su voz era bien modulada, pero sus palabras me producían la misma sensación que deslizar las uñas en una pizarra. Lo más molesto eran sus expresiones faciales, su cara se contorsionaba en muecas bastante desagradables mientras hablaba. Además, adoptaba una actitud de sabelotodo. Le gustaba dominar la conversación y hablaba a mil por hora. O quizá la razón era más simple que eso y todo fuera que su religión la había vuelto estirada y juzgona.

—¿Alguien sabe cómo se dice “sal y pimienta” en griego? —nos preguntó HP a la hora del almuerzo. Ivette y yo intercambiamos una mirada.

—No —respondió Izabel, que siempre mantenía una actitud benevolente—, ¿cómo se dice?

—Aláti kai pipéri. El griego no es tan difícil como parece. Sólo es cuestión de práctica. Quizá el idioma más difícil de aprender para mí fue el vasco, porque, ¿sabían que el idioma vasco no tiene relación con ningún otro idioma en el mundo?

—Sí, eso había escuchado.

—Pero curiosamente, uno de los menos difíciles de aprender es el japonés, contrario a la que la gente pueda pensar. Es una cultura muy, muy interesante. Tengo muchas ganas de ir a Japón, pero los japoneses son tan extraños.

Ahora lo comprendía. Era por eso que nadie quería comer con ella. Cuando no hablaba de su talento para aprender otros idiomas, entonces hablaba de su habilidad en los deportes. Yo miraba su cuerpo escuálido y ponía en duda lo que me decía.

Cuando HP dejó el equipo, nadie fue a despedirse de ella. Sentí un poco de lástima por ella,

pero luego pensé en sus expresiones de furcia y se me pasó.

Ivette siempre había querido ir a un parque de diversiones. Y como siempre, yo sentía una especie de orgullo invadirme, cada vez que podía cumplir alguno de sus caprichos. Compré boletos para que fuéramos a Disney juntos. Tenía suerte de tener un buen comité de empresa, que reembolsaba la mitad de mis gastos culturales, deportivos, de viáticos y de entretenimiento.

Además, el dinero no significaba nada para mí. Había sido criado en un ambiente donde el dinero era un simple medio para facilitarnos la vida a todos. Mis padres, aunque lejos de ser ricos, no tenían inconveniente en gastar su dinero para pagarse experiencias o simplemente para facilitarse la vida. Yo había crecido con esa mentalidad.

Nos despertamos temprano ése sábado por la mañana. Quería llegar temprano y evitar las colas, ya que Disney estaba a las afueras de París y desde mi apartamento haríamos una hora y media.

Ivette estaba radiante. Había visto todas las películas Disney y conocía todas las canciones. Yo apenas había visto una que otra película, incluyendo La Isla del Tesoro, que muchos no conocían.

—¿Por qué nunca has ido a Disney? —le pregunté. Ella se acurrucó a mi lado. Teníamos muchas estaciones que recorrer antes de llegar a la estación de Châtelet, donde tomaríamos el RER A que nos llevaría a Disney.

—No lo sé, es una de esas cosas que siempre quise hacer, pero que siempre dejé para después. Además, puede parecer bobo ahora que tengo un trabajo y un buen salario, pero no quería gastar mi dinero... Es que Disney es caro —se ruborizó —, vos pagaste los boletos, dejame darte la mitad que te debo —levantó la cabeza de mi hombro y comenzó a buscar en su bolso.

Puse mi mano sobre la suya.

—Déjalo, no necesito que me pagues nada. Así está bien.

Ella se detuvo, no del todo convencida.

—¿Estás seguro?

—Sí, además tú sabes que con el CE es más barato, no pagué tanto al final de cuentas.

—Ah, el bendito CE, lo había olvidado. Es una de las grandes ventajas de trabajar en un gran grupo, ¿no?

—Sí, alguna ventaja tenía que tener.

La gente salía y subía sin contratiempo la mayor parte del tiempo, aunque en las estaciones donde había más tráfico, la gente podía ser un poco más agresiva. La voz de Ivette me sacó de mis pensamientos.

—Mi padre es un tacaño, y ahora que lo pienso todos mis exes lo eran también.

El vello de la nuca se me erizó, como en cada ocasión que ella hacía alusión a su antigua vida romántica. Una infinidad de imágenes se agolpó en mi cabeza. Ella al lado de otro hombre, dándole la mano, sonriéndole. Ofreciéndole sus labios, su cuerpo.

—...me alegra que tú no lo seas —continuó.

Le sonreí sin hacer comentario.

Muchos turistas no saben que para ir a Disney París en transporte público tienen que comprar un boleto de tren especial que cuesta alrededor de diez euros y no los dos euros con cincuenta

centavos que cuesta un boleto regular de metro. Para ir a Disney tienes que tomar el RER A. *Le Réseau Express Régional* de Isla de Francia tiene cinco líneas que van de la A a la E y que conectan París con las afueras. El metro de París tiene 16 líneas, tomando en cuenta la 3 bis y la 7 bis, unas pocas líneas se extienden más allá de París intramuros. Cuando se es turista es fácil confundir el metro y el RER y también confundir las direcciones, por eso se tienen que revisar bien las pantallas y asegurarse de que la destinación esté mencionada. Son cosas que nadie te explica y que tienes que aprender por ti mismo.

Cuando llegamos a la estación de Disney en Marne—la—Vallée, vimos a un par de turistas que parecían venir de Turquía discutir con los *contrôleurs* como suele llamarse a los agentes de La Régie Autonome des Transports Parisiens, mejor conocida como la RATP que verifican que traigas tu pase en regla.

—Otros incautos que van a tener que pagar una multa. ¿Sabés que una vez tuve que pagar una multa de sesenta euros? —dijo Ivette, sin desviar su cabeza de la escena.

—No, ¿por qué?

—Traía mi pase Navigo en la bolsa, pero, ¿sabés que para que las puertas automáticas se abran tienes que poner tu tarjeta sobre el lector? Estaban abiertas de par en par, así que no juzgué necesario tener que pasar por todo ese larguísimo proceso que es buscar algo dentro de mi bolsa. Sólo que, del otro lado, y vestidos como civiles, me esperaban los agentes de la RATP.

—¿Una trampa, eh? Creo que no es normal que hayas pagado sesenta euros, a lo mucho debieron hacerte pagar veinte.

—Dijeron que me hacían pagar más por mi actitud.

—¿Tuviste una mala actitud?

—Yo creo que no, pero no importa. Fue hace mucho tiempo. Además, amenazaron con llamar a la policía y para evitarme todo el embrollo preferí pagar.

No me había equivocado y como siempre, las filas eran largas en Disney, pero no podía quejarme, porque había un viento fresco muy agradable y sol también.

—¿Qué es lo que más miedo te da? —me preguntó Ivette mientras esperábamos para subir a la *Espace Mountain*.

—Qué pregunta tan repentina... Pues debe ser quedarme sólo —respondí.

Calculé mentalmente el tiempo que nos llevaría llegar hasta el frente de la fila. Seguramente unos cuarenta minutos.

Ivette se calló por un momento.

—Pero ahora no estás solo —me dijo.

—Ya, pero lo siento como si fuera la calma antes de la tormenta.

—¿Crees que lo que tenemos vos y yo no dure? ¿Qué se terminará algún día?

—No quisiera pensar en eso, pero es difícil. La vida es impredecible y tú podrías irte si no encuentras lo que estás buscando.

—¿Y qué se supone que estoy buscando?

—No lo sé. Ni siquiera sé lo que yo estoy buscando. Ni siquiera sé si estoy buscando algo. Mírame no sé ni lo que digo. Sólo sé que en este momento de mi vida me siento bien contigo. ¿Por qué estamos hablando de estas cosas? Mejor hay que callarnos.

Ivette se acercó a mí y me dio la mano. Qué cosas podía hacerme sentir el roce de su mano. Un calor se propagó dentro de mi cuerpo, desde el punto donde ella me había tocado, hasta llegarme a la punta de los cabellos. La atraje por la cintura y la besé. Acaricié mi lengua con la suya, mientras nuestras manos permanecían entrelazadas.

Lo que más miedo me daba es que este momento no durara para siempre.

Le podía decir todo. Ella desvelaba mis secretos uno a uno, de manera indolora y con facilidad. Me comprendía como ningún otro. Me tomaba de la mano y sólo eso y una mirada bastaban para decirme que estábamos hechos del mismo material, que comprendía mis batallas, mis emociones y lo que yo siempre callé ante los demás. Nadie se había tomado la molestia de escucharme y de llegar a conocerme a través de lo que decía, pero sobre todo a través de lo que callaba. Sólo Ivette.

—¿Alguna vez te conté sobre ese hombre que daba dulces a los niños?

—No.

A pesar de ser primavera, ambos estábamos enfundados en nuestros abrigos de invierno. Su mano descansaba dentro de la mía. Habíamos llegado al parque de Sceaux, situado en Sceaux y Antony. Era antes de mediodía. A mí me gustaba venir solo a contemplar el lago y las numerosas estatuas repartidas por el parque, pero si había algo que me gustaba más que estar solo, eso era estar con Ivette.

—Era un vecino mío. Todos lo llamaban Abuelito, porque estaba muy viejo. Además, era un discapacitado y desde que podía recordarlo siempre había estado en silla de ruedas. Siempre tenía dulces y los repartía entre los chicos que venían a buscarlo.

—Suenas como a un viejo lindo.

—No, creo que era un poco torcido más bien. Se hacían filas de niños enfrente de su casa esperando dulces. A nadie le parecía extraño, porque seguramente como era un discapacitado, lo veían como alguien inofensivo.

Cuando era niña tenía una mejor amiga que vivía en la misma calle. Nosotras nunca habíamos ido a pedirle dulces y un día ella me dijo: “Vení, vení, nos estamos perdiendo los dulces. Vamos a aprovechar”.

Entonces fuimos un día después de la escuela. Habíamos terminado antes de lo previsto, porque la maestra estaba embarazada y no se sentía bien, así que cuando llegamos a la casa del Abuelito no había ni un alma. Fue extraño, porque parada frente a la puerta me invadió el miedo. ¿Sabés? Como cuando sentís no lo sé... Como un grito interno decirte: “*Don't do it*”. Sentí ganas de irme. Mi amiga me miró y me dijo que parecía una niña pequeña. Es gracioso, porque eso era justamente lo que éramos. Dos niñas pequeñas. Para mostrarle que no era ninguna gallina me quedé. Las piernas me temblaban, pero hice lo que pude para que no se me notara.

María llamó a la puerta y esperamos. Tenía miedo y justo cuando estaba a punto de salir corriendo la puerta se abrió.

—Hola hijas, ¿qué las trae por aquí?

El tal Abuelito nos miró a ambas y en su mirada no logré detectar ningún rastro de malicia, así que pensé que todo había sido imaginación mía, que mi intuición se equivocaba y que al final el Abuelito no era más que un viejito inofensivo, como pensaban todos. Él nos dejó pasar y lo seguimos mientras él avanzaba lentamente con su silla de ruedas hasta llegar a la cocina. El sentimiento de inseguridad y miedo regresó una vez más, aunque no tuve tiempo de analizarlo antes de que el Abuelito hablara.

—Me imagino que quieren dulces.

—Sí —respondió María.

—¿Vos no decís nada? —me miró con esos ojos tan normales que tenía y me sentí avergonzada de tener miedo. No parecía ser capaz de lastimar a nadie —. Está bien, me imagino que querés dulces también. Pero necesitareé ayuda, los dulces y chocolates están allá —dijo y señaló con su dedo hasta un punto en alto del armario—. Podemos ayudarnos mutuamente.

—¿Cómo? No veo ninguna silla —dijo María.

—Es porque vivo solo y no recibo muchas visitas y siempre estoy sentado, entonces no

necesito ninguna silla —se rio y María con él. Yo estaba como petrificada—. Pero vení y te explico. Lo que vamos a hacer es que voy a poner mi silla así y lo único que vos tenés que hacer es subir a mi regazo y yo te sostendré para que podás alcanzar los dulces. Pero quitate los zapatos para no ensuciarme el pantalón.

María lo obedeció y yo la miré mientras se trepaba sobre las piernas del Abuelito.

—¿Y cómo fue que los dulces llegaron ahí para empezar?

—Ni idea. Eso lo pensé después. En el momento no nos pareció que hubiera nada raro.

El Abuelito puso las manos sobre las piernas de María. Yo no sé cómo se sintió María y nunca le pregunté, pero como fuera yo me sentí sucia sólo observándolo. Tenía las manos muy grandes y llenas de venas verdes. Le pasó la mano por las piernas, así, así, de manera disimulada, como si fuera lo más natural del mundo.

—Ay hijita, te voy a mover el pie porque me estás lastimando —le movió el pie y lo puso más cerca de su entrepierna—. Pero muy sutilmente, como si fuera la cosa más natural. ¿Comprendés, Manolo? Yo sólo sé que me sentí avergonzada, aunque aún era demasiado joven como para comprender el porqué.

—¿Qué pasó después?

—María alcanzó los dulces y comimos algunos. El viejito nos dijo que fuéramos al día siguiente y que nos daría más. María quiso ir, pero yo ya no tuve el valor de seguir viniendo.

—¿Y María volvió a ir?

—Sí, creo que fue unas cinco veces más. Me dijo que yo me lo perdía y que no debería ser tan gallina. Sólo me lo dijo un par de veces y después ya no insistió. Ella también dejó de ir después. Si me lo preguntas, yo pienso que pasó algo, pero María nunca me lo dijo.

—¿Tú crees que...?

—No tengo ni idea, pero es un poco aterrador pensar en ello. María siguió actuando como si nada. ¿Para qué insistir si ella estaba bien?

¿Qué más podía pedirle a la vida? Ivette era generosa, inteligente y atractiva. Estaba hecha a mi medida y yo a la suya. Y sin embargo, cuando ella me hablaba de su vida antes de mí, de su pasado, no podía evitar que los dientes me rechinaran. Me hablaba de sus antiguos noviazgos, de las personas que había frecuentado, a las que había besado, con las que se había acostado. No lo hacía por maldad, para ella era natural hablar de ello, era una parte de ella y una parte importante.

Quería mostrarme su verdad, que yo entreviera su vida y que la quisiera como era, a pesar de lo que había hecho y dicho y sobre todo de lo que no había hecho y lo que no había dicho. Yo quería borrar esa parte de ella, que ella fuera inocente y no hubiera vivido mil y una historias con tantos hombres, o al menos que no me hablara de ellas. Cuando más sufría era cuando me hablaba de Isaac, su ex más reciente y con quien había vivido por más de un año. En un principio no había pensado gran cosa, era normal que lo mencionara y que hablara de él. Habían estado juntos por cuatro años. Era normal. Era normal. Era normal. Eso me decía en un principio, pero pronto, me encontré rechinando los dientes y tratando de controlar mi respiración cuando su nombre aparecía en nuestras conversaciones.

“Oh a Isaac no le gustaba comer esto”.

“Uno de los pasatiempos favoritos de Isaac era...”

“Isaac se enojaba cuando...”

“Cuando Isaac y yo fuimos de vacaciones a...”

“Una vez Isaac...”

Isaac, Isaac, Isaac. Siempre el jodido Isaac. Quería que desapareciera y que no estuviera entre nosotros cuando comíamos, bebíamos o cogíamos. ¿Hasta cuándo?

Me desperté y al extender mi mano sentí el contacto de su piel. ¿Cuánto tiempo había soñado con este momento? Y ahora que lo estaba viviendo, me parecía imposible aceptarlo como real. Necesitaba tocarla y saber que no se trataba de un espejismo, saber que esta vez era real y que ella se quedaría en mi realidad.

Ella se despertó al sentir mi roce. Sus ojos desenfocados se posaron en los míos.

—Hola —me dijo, sin darse cuenta que esa palabra era una invitación y una promesa para mí.

—Hola —le respondí.

Ella tomó mi mano, la besó y la puso sobre su rostro.

Había llegado al límite de mi felicidad. No hubiera podido ser más feliz ni aunque lo hubiera querido. Ni aunque viviera cien vidas diferentes y combinara la felicidad de todas ellas llegaría a sentir lo que sentí en aquel instante en que ella dormitaba y yo la tenía a mi lado.

Cuando hablaba Ivette me miraba y sus ojos claros me decían: “tú y yo somos iguales”. Me halagaba sentir su admiración. Todo lo que yo quería era protegerla, quería guardarla en una cajita y meterla en mi bolsillo, donde nadie pudiera tocarla.

—Te admiro mucho, ¿lo sabés?

—Lo sé —le dije y sostuve su mano.

Nunca encontraría a nadie que me quisiera más que ella.

Ella lo entendía todo de manera instintiva. Apenas necesitaba abrir la boca, porque ella ya había visto venir las palabras.

Me ahogaba en un mar de cumplidos y de buena voluntad y sin embargo, por las noches, mientras ella dormía a mi lado, yo permanecía con los ojos bien abiertos, la mirada fija en el techo. Tanta felicidad no podía ser verdad. Se sentía como la calma antes de la tormenta, como le había dicho yo en alguna ocasión. Estaba seguro de que las cosas terminarían por estallar tarde o temprano. Estábamos viviendo de felicidad prestada que tarde o temprano tendríamos que devolver.

—Tuve una infancia particular —le dije un día.

La mano de Ivette sobre mis cabellos me transmitía una sensación de paz que ninguna otra persona hubiera podido igualar. Puse mi mano sobre la suya.

—¿A qué te referís?

—Mi papá intentó suicidarse varias veces y al final se fue de la casa poco después de que muriera mi hermano.

—¿Querés decirme qué pasó?

Guardé silencio un momento, no porque necesitara considerar si debía decirle o no, sino porque necesitaba ordenar mis ideas.

—Cuando era niño realizó un intento de suicidio, sólo que durante mucho tiempo creí que se trataba de un sueño, pero no lo era. Hubiera preferido que me dijeran las cosas claramente en lugar de mentirme y actuar como si yo fuera un idiota que lo había soñado todo. Mi padre tenía una depresión crónica y además era alcohólico. El día en que se fue no estuve verdaderamente triste, me sentí aliviado. No sentía ningún amor por él ni lo admiraba ni nada.

—¿Qué fue lo que pasó la primera vez que...?

—¿Que intentó suicidarse? Estaba en la habitación que compartía con mi hermano y de repente escuché un ruido. Mi hermano tenía el sueño pesado y ni siquiera se inmutó. A mí me ganó la curiosidad, me levanté y me asomé por la ventana. Ahí tirado por tierra estaba mi padre. Había saltado por la ventana. Mi madre nos dijo que estaba muy borracho y que se había caído, pero yo estaba seguro de que no era así. Había abierto la ventana y había saltado. No digo que el alcohol no lo influenciara, pero no había sido un accidente. Para caerte de esa manera, necesitas la intención de saltar por la ventana.

Ivette se cubrió la boca y me miró azorada.

—Suena horrible.

—Está bien. Ahora son sólo recuerdos.

—¿Qué pasó después de eso?

—Mi padre fue a dar al psiquiátrico por un par de semanas. Y después estuvo en rehabilitación... No recuerdo durante cuánto tiempo. Recuerdo que fuimos a visitarlo una vez. Me tomó por los hombros y empezó a llorar, mientras se disculpaba. A mí me dio algo de asco toda esa escena, me parecía ridícula.

—¿Por qué?

—Porque no me la creía y tenía razón, lo primero que hizo cuando salió de rehabilitación fue ir a su bar favorito.

—¿Cómo sabés eso?

—Porque llegó ebrio a casa y diciendo que nosotros no éramos como en La Raza... Ése era el nombre del bar. Yo sólo quería largarme de ese ambiente, además cuando mi padre se marchó después de que mi hermano muriera, mi madre se volvió más manipuladora de lo que ya era. Es una de esas personas que saben explotar tus debilidades y hacerte hacer cosas que tú no quieres hacer, pero que terminas haciendo para complacerlos o para no sentirte culpable. Ella lo hacía muy bien, todo eso de la manipulación.

—¿Qué era lo que hacía? ¿Cómo fue crecer con tu madre?

El ruido de la lluvia contra el cristal, una sucesión de recuerdos que se superponían los unos a los otros, pintando imágenes vívidas en mi cabeza.

—Siempre fue controladora, pero cuando mi padre se fue, se volvió peor. En fin, tenía horarios para todo y también un toque de queda. No es que lo necesitara, no tenía amigos que me invitaran a hacer nada, pero bueno, igual si hubiera salido, hubiera tenido que regresar a las ocho. Mi habitación siempre debía estar ordenada y limpia. Te estoy hablando no sólo de una limpieza superficial de adolescente, sino de una limpieza profunda. No podía salir de la casa sin su permiso, ni siquiera cuando cumplí los dieciocho años.

Pasé mucho tiempo encerrado en casa. De hecho, la mayor parte del tiempo lo pasaba en mi habitación en la computadora que mi hermano había dejado. La ventaja era tener una computadora personal y la desventaja era que si quería usarla, no podía tener una puerta.

—¿No tenías puerta en tu habitación?

—No, mi mamá la quitó.

—¿Por qué lo hizo?

—¿Quitar la puerta? Porque estaba loca. Me dijo que no quería que viera material degradante que pudiera traumatizar mi mente para siempre.

—¿Todo eso es un eufemismo para porno?

—Sí, o cualquier cosa que le pareciera remotamente violenta o con la que no estuviera de acuerdo... ¿Qué era lo que decía? “Tu mente es la morada de Dios y debes protegerla”.

—¿Era muy religiosa?

—No, la verdad no lo era. Sólo cuando le parecía conveniente.

—¿Qué pasó con tu hermano?

—Hace muchos años de eso. Te lo contaré en otra ocasión, ahora mismo me estoy muriendo de sueño.

Fueron 0.001 segundos, el espacio de tiempo que tomó a mis ojos encontrar los de Ivette. Estábamos a un beso de distancia. Fue en ese preciso instante, en que mis ojos se fijaron con los suyos en que supe que me había enamorado.

Habían pasado meses desde ese primer momento, pero mis sentimientos por ella no habían disminuido ni un poco, al contrario, no habían hecho más que aumentar.

Todo lo que quería hacer era abrir el grifo de mi boca y soltar un río de palabras, sin ton ni son. Que ella abriera sus oídos y recibiera todo lo que yo tenía que decir, no podía pedir nada más.

Y cuando hablábamos, mi boca no se movía lo suficientemente rápido como para seguirle el ritmo a mis pensamientos. Hablar y hablar, no podía hacer otra cosa. Decirle a Ivette todo lo que pensaba, contarle cada secreto, hablarle de mi vida, de mi infancia, de mi adolescencia, cada secreto que había escondido. Quería que viera cada recoveco, mis emociones, mis sensaciones. Necesitaba que me mirara y me comprendiera. Si ella me miraba así como lo hacía ahora, entonces no podía pedir nada más a la vida. Por primera vez, había encontrado a alguien que me comprendía y no iba a dejarla ir.

Cuando Ivette me veía a través de esos ojos que eran suyos y míos, ¿qué era lo que ella veía? ¿Mi esencia? ¿Cuál era mi esencia?

Lo que me faltaba era tiempo, tiempo para transmitirle todo lo que quería transmitirle. Y de repente, como si alguien comenzara a bajarle poco a poco a la música que había estado escuchando hasta ahora, mi euforia y mi alegría se apagaron.

Ella dejaría de amarme. Un día me voltearía y ella ya no estaría a mi lado.

Imposible conciliar el sueño con tales pensamientos. El cuerpo tibio de Ivette descansaba a mi lado y yo le daba vueltas a la certeza de que algún día ella dejaría de mirarme, dejaría de escucharme y hablarme y finalmente dejaría de amarme. Ella se iría, así como lo hacían todos. Era el orden natural de las cosas. Extendí mi mano. No tenía intención de despertarla, pero eso fue lo que hice.

—¿Qué pasa? —me dijo en ese tono de alarma que suelen tener las personas que salen de un sueño profundo de manera brusca.

—Nada, no pasa nada, como siempre... Bueno sí. ¿Qué va a ser de mí cuando te vayas?

—¿Cuando me vaya adónde?

—Nada, vuelve a dormir.

Debía estar cansada, porque el silencio se hizo entre nosotros y pocos segundos después escuchaba el sonido acompasado de su respiración.

Ella me dejaría y la posibilidad me repugnaba.

—Sos una bella persona —me dijo mientras preparaba el desayuno.

—¿Lo dices porque te estoy haciendo de comer?

—No, no es sólo eso. Sólo tenía ganas de decírtelo.

—Bueno gracias.

Sus palabras sonaban vacías. Le sonreí, pero mi sonrisa no llegó a mis ojos.

—Ivette, ¿tú crees que tenga talento?

—Por supuesto, Manolo. Estoy segura de que podés llegar lejos, no entiendo porque una persona tan brillante como vos podría tener tan mala opinión de sí mismo. Las personas como vos no corren sueltas por las calles. ¿Por qué sos tan inseguro?

Yo ya lo había pensado, muchas veces en realidad. La gente siempre me había llamado brillante, esperaban que hiciera algo de mi vida, qué sé yo, que estudiara una carrera interesante y obtuviera un trabajo interesante, pero entre más viejo me ponía, más me convencía de mi propia inutilidad. Mi único talento era existir, y a veces ni siquiera hacía un buen trabajo.

—¿Te he hablado de mis padres? —me preguntó Ivette.

—Muy poco. Casi nada.

—Eran personas bien. Quiero decir, no eran perfectos ni nada por estilo, pero estaban bien. Mi padre era un poco, ¿cómo decirlo? Temperamental, era explosivo. Nunca llegó a ser violento conmigo o con mi hermano, bueno quizá una vez, pero lo habíamos sacado de quicio. Fue una travesura.

—¿Qué pasó?

—Nada, ése es el punto. Fue algo muy estúpido. Mi hermano y yo queríamos que dejara de fumar y beber alcohol, así que un día escondimos sus botellas y sus cigarrillos. Hubieras debido ver al hombre. Se puso como loco.

—¿Por alcohol y cigarrillos?

Ivette comenzó a reír.

—Sí. Es que el momento me parece tan absurdo que es gracioso. Estaba actuando como si le hubiéramos robado todo su dinero. Nos colocó contra la pared y...

—¿Qué edad tenían?

—Yo debería tener unos siete años y mi hermano nueve. El punto es que nos colocó contra la pared y... nos regañó.

—¿Eso fue todo?

—Sí, te dije que mis padres estaban bien. No nos vemos mucho, pero eso es sólo porque siempre hemos sido muy independientes. Cada quien se preocupa por su vida.

—¿Y tu madre?

—Mi madre hacía lo que mi padre le decía y punto. Es una buena mujer, no me malentiendas, pero a veces actúa como si fuera la sombra de mi padre.

—Nunca habías hablado de tu hermano. ¿Qué pasó con él?

—Ahora no tenemos mucho contacto. Un poco como tú y tu hermano, supongo. Era un buen hermano y una buena persona, al menos hasta que llegó a la adolescencia. Después de eso, era como si lo hubieran cambiado.

Un día llegó de la escuela y todo era diferente. No te sabría explicar lo que pasó y él nunca me lo dijo. En realidad, no sabía que cosas así podían suceder, que alguien podía acostarse una noche y despertarse al día siguiente siendo alguien completamente distinto.

—¿Como si un día fuera la persona que tú siempre habías conocido y al día siguiente era la sombra de esa persona?

—Sí. Empezó a tomar drogas, no la típica marihuana que tantos suelen tomar, drogas fuertes.

¿Alguna vez has tomado drogas, Manolo?

—No. ¿Y tú?

—Sólo cannabis un par de veces, pero me da sueño y prefiero estar en mis cinco sentidos.

—¿Qué tomaba tu hermano?

Ivette se encogió de hombros.

—Todo lo que pudo. Pero al principio no me preocupé ni dije nada a mis padres, él siempre había sido muy responsable. Tenía toda clase de reglas extrañas, como límites que nunca rebasaba. La tarea de cuatro a cinco, de cinco a seis, lectura, jugar videojuegos sólo los sábados y sólo por dos horas. Él hacía las cosas que nadie le pedía que hiciera y de la manera en que nadie le pedía que las hiciera.

La marihuana nunca la fumó en casa, si lo hubiera hecho, lo hubieran descubierto. El crack tampoco, eso lo hacía en la calle, con sus amigos. Lo acompañé en alguna ocasión, quiero decir no tomé ninguna droga, pero yo estuve ahí algunas veces cuando él lo hacía. Dejé de seguirlo, porque no me gustaban sus amigos. Eran chicos que habían dejado la universidad y todos ellos sin excepción me parecían estúpidos e inmaduros. Además, poco a poco, empecé a perder el respeto que sentía por mi hermano. Se estaba convirtiendo en una persona patética. Estaba más irritable, sus respuestas eran cortas y cuando hablaba lo hacía en forma de verborrea, sin pies ni cabeza.

—¿De dónde sacaba el dinero para comprar sus drogas? Porque imagino que debía ser caro.

—No sé de dónde sacaba el dinero, seguramente también vendía drogas. O robaba por ahí.

—¿Y tus padres en todo esto? ¿No se daban cuenta del cambio de su hijo?

—Trabajaban mucho y creo que debieron haberle atribuido su mala actitud a la adolescencia. No se enteraron de nada hasta que fue demasiado tarde. Un día me hizo prometerle que probaría la cocaína al menos una vez en mi vida.

—¿Lo hiciste?

—No, me pareció tan patético en ese momento cuando me lo pidió. Estaba también medio borracho y su aliento apestaba. Debía creerse muy listo mientras hablaba y hablaba de un millón de cosas sin sentido y me explicaba lo bien que se sentía. En lo único en lo que yo podía pensar era en lo patético que me parecía mi hermano, al que yo siempre había admirado.

—¿Sabés? Siempre tuve miedo de volverme una adicta como él. Después de todo él y yo tenemos la mitad de los genes.

—Quizá a él le tocó la mitad mala.

—A veces me pregunto eso. Era un niño brillante y siempre parecía irle tan bien en todo. Quizá un día su suerte se acabó.

—Pero me dijiste que un día él estaba bien y al día siguiente “¡bim!” todo cambió.

—Es que así me lo pareció, pero pensándolo bien, por supuesto, fue un proceso paulatino. Aun así hubo un día en el que no hacía nada malo, en que sólo iba a la escuela, estudiaba, andaba en bicicleta, salía con sus amigos, leía, jugaba videojuegos y un día en el que tomó la decisión de tomar alcohol hasta perder el alcohol y después lo mismo con las drogas.

Yo quiero sentirme bien por mis propios medios, quiero divertirme también por mis propios medios y no por haber tomado alguna substancia.

—A veces pienso —dije—, que puedo controlar mi vida como está ahora, pero si agregara algo, todo se saldría de control.

—Sí, yo también tengo esa sensación. No me gustaría tener que lidiar con una adicción, además de todos los problemas que ya tengo.

—¿Tú tienes problemas?

—Vos sos mi problema —me dijo y antes de que yo pudiera protestar, me besó en los labios y

se apretó contra mí.

—Ivette, ¿tú me comprendes? —era la madrugada y no había logrado conciliar el sueño. Sufría de insomnio recurrente y cuando lograba dormirme, era únicamente para despertarme angustiado, unas cuantas horas después.

—¿Me comprendés vos a mí?

Su voz me sobresaltó, creí que estaba dormida. No dije nada y ella tampoco. ¿Nos comprendíamos el uno al otro?

Ivette no hacía lo que yo quería que ella hiciera, se comportaba de manera errática. Yo sólo quería que mis relaciones fueran como bonsáis y poderlas moldear a mi gusto, pero no podía predecir los cambios de Ivette con suficiente anticipación y me encontraba en un estado de pánico constante.

Quería que las cosas fueran simples. Los humanos no eran plantas y yo no podía controlarlos. Di un puñetazo contra la mesa. Odiaba vivir en un mundo de posibilidades, porque las posibilidades significaban que yo podía escoger, pero que los demás también podían hacerlo y ellos no siempre me escogían.

Entonces lo vi tan claro como la luz del día, Ivette iba a dejarme y no había nada que yo pudiera hacer. Sentí mi pulso acelerarse y me mareé hasta no poder mantenerme de pie. Me derrumbé sobre la cama, una mano sobre el pecho, intentando controlar los latidos de mi corazón. Mi garganta se sentía oprimida y de haber intentado hablar, ningún sonido hubiera brotado.

Ella me iba a dejar. Pensé en los momentos que habíamos vivido juntos y cada recuerdo me dolía. Deseaba borrarla de mis pensamientos, arrancarme sus raíces del corazón y nunca más tener que volver a sufrir por ella. Pero no podía hacer nada de eso, su recuerdo me quemaba. Tenía grabado su rostro en mis pupilas, de nada servía cerrar los ojos.

“Ivette, no me dejes”, quería decirle con todas mis fuerzas, pero no podía hacer nada de eso. Lo único que podía hacer antes de que ella me dejara, era dejarla yo antes. Respondería a su indiferencia con más indiferencia, si ella me lastimaba, entonces yo la lastimaría aún más. Me retraería, no la dejaría más entrar en mi mundo. Ya no tendría acceso a mis emociones ni a mis pensamientos. Me distanciaría, porque no había ninguna otra solución.

“Oh Ivette, ¿por qué no te quedas un rato más?”, pero ya todo se había puesto en movimiento y lo nuestro estaba condenado al fracaso desde un inicio. Los dientes comenzaron a castañearme. Ella encontraría a alguien mejor y me olvidaría, pronto no sabría ni por qué había salido conmigo.

“¡Ivette!”, el ahora estaba condenado, pero quizá en el futuro habría esperanza para nosotros. Cuando fuéramos personas diferentes, nos encontraríamos por casualidad. Yo viviría en Tailandia, como siempre he querido y entonces nos cruzaríamos por obra del destino. La magia que nos había unido en un principio volvería a unirnos una vez más, y esta vez nada nos separaría.

Las lágrimas comenzaron a brotar, me cubrí el rostro con una mano. Comencé a sollozar como si fuera un niño indefenso.

¿Por qué Ivette no pensaba en lo bien que estaba conmigo? ¿Cómo podía dejarme cuando aún teníamos tanto por vivir? Y entonces, un arrebato de ira me hizo poner de pie de un brinco. El dolor en el pecho se hacía más intenso. Quizá estaba muriendo de amor, de amor no correspondido.

Mi cuerpo se derrumbó sobre el piso y mis brazos fueron incapaces de apoyarse para ayudarme a levantarme.

Miré mis manos, eran las manos que Ivette había sostenido tantas veces, las manos que la habían acariciado y que le habían dado placer, pero estas manos no volverían a sentir la calidez de su cuerpo.

—Manolo, ¿pensás que en el momento en que dejás de ser honesto en una relación, es el principio del fin de la relación?

—¿Qué quieres decir? —me incorporé a medias en la cama —¿No estás siendo honesta conmigo? ¿Me estás escondiendo algo?

—No, solamente estaba pensando. ¿Tú no tienes la sensación de que no siempre puedes ser sincero, al menos no todo el tiempo?

—Intento decírtelo todo.

—¿Pero lo hacés?

—Lo más importante sí.

—Pero a veces las cosas más insignificantes son las más importantes.

—Entonces sí me estás escondiendo algo.

—Que no, que no te escondo nada.

—Si no tuvieras nada que esconder, entonces no hablarías así. ¿Me estás tomando por un idiota? ¿Qué es? ¿Estás viendo a alguien más?

—Que no Manolo, no estoy viendo a nadie.

Ivette comenzó a llorar, últimamente lloraba por todo. Odiaba ver a las mujeres llorar, me recordaba a mi madre y a su manera neurótica de ser.

—No llores, nadie te está haciendo nada.

Aparté las sábanas de mi cuerpo perlado de sudor y me levanté de un tirón. Fui hasta al baño y cerré la puerta con un golpe seco que hizo eco al llanto de Ivette. Escondí el rostro entre las manos y balanceé mi cuerpo de atrás para adelante.

Cuando era niño me gustaba ir a la Plaza Principal y sentarme a ver pasar a la gente. Imaginaba sus vidas y la clase de personas que eran. A veces me imaginaba que entre esas personas encontraría a alguien amable a quien le gustaría adoptarme y me imaginaba la clase de vida que tendría con otra familia. Mi familia no estaba tan mal cuando era niño, o quizá cuando era niño era menos exigente o me daba cuenta de menos cosas. Pero en algún momento cuando el niño se convirtió en adolescente, vi a mis padres por lo que eran, seres imperfectos que ni siquiera fingían ser mejores de lo que eran.

Mi hermano, que era cuatro años mayor que yo, trabajaba en una tienda de abarrotes cerca de nuestra escuela. Tenía catorce años y una barba incipiente, y como todos en mi familia somos mucho más altos que el promedio, parecía de al menos diecisiete. Le dieron el trabajo porque mintió sobre su edad. Era un trabajo tranquilo, sin ninguna sorpresa. Cuando comenzó tenía que acomodar los productos en las estanterías, empacar las bolsas de los clientes y hacer los recados del dueño. Con el tiempo el dueño comenzó a confiar en él y a darle más responsabilidades. Y para los quince años, él se ocupaba de la caja y de las cuentas cuando el dueño salía.

Un día, un par de adolescentes entraron en la tienda. Los dos llevaban sudaderas negras. Ambos estaban armados y su intención era robar la caja. Esto, por supuesto, mi hermano no podía saberlo, los miró de reojo mientras terminaba de atender a una de las clientas. La ancianita le dio las gracias y se dirigió hacia la puerta. Fue entonces que uno de los adolescentes se dirigió al mostrador y pidió a mi hermano que le diera el efectivo, el otro adolescente se quedó en la entrada de la puerta. Mi hermano se negó a darles el dinero. El adolescente sacó su pistola y con mano temblorosa la apoyó sobre la frente de mi hermano. Mi hermano abrió la boca para decir algo, sin embargo, la bala se unió a sus pensamientos antes de que pudiera emitir ningún sonido.

Yo quería ser el único. No me importaba el pasado, lo que quería era su futuro. Ivette no tenía piedad y seguía sacando el tema a colisión. Lo hacía para darme celos. Estaba seguro de ello. No sé por qué lo hacía, quizá ella también fuera tan insegura como yo.

—Bueno, pero si quieres estar con tu ex, ya sabes dónde está la puerta —le dije un día, acabábamos de terminar el desayuno y había pasado gran parte de él escuchándola hablar sobre uno de sus ex.

Ella me miró, los ojos bien abiertos.

“¿Qué demonios te sorprende? No eres tú la que siempre habla de ellos, cuando no es Isaac, es Jean y cuando no es Jean es William.”

—Pero, ¿qué tenés? Calmate.

—No me digas que me calme, Ivette. Estoy perfectamente calmado. Sólo que ya estoy hasta la madre. Todo el putito día te estoy escuchando hablar de alguno de tus ex. ¿Cómo quieres que reaccione?

Ella se había hecho pequeñita en la silla.

—No tenía la impresión de hablar tanto sobre ellos.

—¿Ves a alguno de ellos en este momento?

—¿Qué?

—Que si has vuelto con alguno. ¿Sales conmigo y con alguien más?

—¿Lo decís en serio?

—Responde a la pregunta —dejé los platos que estaba lavando y la miré a la cara. Quería asegurarme de no dejar pasar ningún gesto, ningún movimiento que me ayudara a leerla. Después me acordaría de ellos, los analizaría para saber si me mentía. Encontraría las contradicciones en sus palabras. La atraparía en una mentira.

—No puedo creer lo que vos decís en este momento. No voy a quedarme si sos así.

Hizo un movimiento para irse, pero antes la tomé por el brazo, no podía dejarla ir.

—No me has respondido —le dije con voz temblorosa. Me sentía a punto de explotar y tenía ganas de lastimarla, así como ella me lastimaba a mí.

Ella se revolvió, pero yo era mucho más grande y nuestras fuerzas no tenían punto de comparación. Apreté con más fuerza.

—Dejame ir, animal, que me lastimás.

—Responde, ¡maldita sea! Responde y te suelto.

—No, no veo a nadie más que a vos —gritó por encima de las lágrimas.

—¿Cuándo fue la última vez que te acostaste con otro?

—No lo sé, no lo sé, Manolo, te juro que no lo sé —comenzó a llorar y mi corazón se ablandó un poco.

La solté en el acto.

—¿Ves lo que me has obligado a hacer? —le dije—, si me hubieras respondido antes no hubiera tenido que gritarte. ¿Por qué me obligas a actuar así? ¿Me quieres volver loco?

Ella permanecía en silencio, sollozando por lo bajo. Agarré un abrigo, me puse los zapatos y salí del apartamento. Las sienas me palpitaban con fuerza y mi respiración estaba desfasada.

La ira iba y venía en oleadas. Ella era una chica muy atractiva, era imposible que no tuviera

más pretendientes. Era simpática, agradable y dulce. Todos querrían estar con ellas, ¿cómo podría ella negarse a tanta atención? Debía ver a más personas, ¿por qué se conformaría sólo conmigo? ¿Qué sabía yo de ella finalmente? ¿Qué sabía yo de su tiempo libre? ¿Las personas a las que veía? Cuando ella salía y me decía que iba con sus amigas, ¿me decía la verdad?

La única manera de comprobarlo era siguiéndola. Me aseguraría de la verdad. Si al final de cuentas se encontraba con sus amigas, entonces no habría perdido nada, eso significaría que ella no mentía y que yo había hecho bien en asegurarme. Eso me daría la paz mental que necesitaba, pero si descubría que ella me engañaba... Temblé ante la posibilidad de que eso pasara.

Me sentía en paz sabiendo que pronto descubriría la verdad sobre Ivette. Y esta paz se reflejaba también en nuestra relación. Estábamos mejor que nunca. Ivette y yo pasamos días tranquilos, el uno al lado del otro. Íbamos al parque juntos, a restaurantes, a fiestas de sus amigos, a exposiciones y conciertos. Cada día era divertido y yo me aseguraba de ello.

Siempre había una gran fila para poder entrar al Museo de Orsay. Era el museo favorito de Ivette, a mí también me gustaba, pero yo no tenía tantos conocimientos de arte como Ivette que había estudiado durante dos años en la universidad, antes de cambiar la carrera por una más práctica.

Estuvimos esperando una hora bajo la lluvia antes de poder cruzar el umbral de la puerta y pasar las revisiones de seguridad. No nos podíamos quejar, puesto que tanto Ivette como yo teníamos menos de veintiséis años y ambos éramos residentes de la Unión Europea, por lo que no teníamos que pagar ni un euro para entrar en la mayoría de museos parisinos.

—Vení, quiero ver El Origen del Mundo —Ivette me tomó por la mano y me arrastró hasta llegar casi al fondo del primer piso del Museo de Orsay.

El cuadro era fácil de encontrar si sabías dónde buscar e Ivette pasaba tanto tiempo en los museos, particularmente en el Museo de Orsay que lo conocía tan bien como la palma de su mano.

—Ya lo había visto antes, pero me sentí avergonzado de mirarlo, como si fuera un perverso. No es algo que utilizaría como decoración en mi apartamento.

—¿Qué era lo que siempre decís de tu mamá? —respondió Ivette, la mirada perdida en el cuadro—, ¿Qué no quería que nada dañara tu mente, como la pornografía?

—Sí, a ella no le gustaban las cosas ni remotamente indecentes.

—¿Qué hubiera pensado del cuadro?

—Que es pornográfico, indecente, sucio y no debería ser visto por nadie —dije y di un paso adelante, admirando el desnudo femenino que había pintado Courbet.

—¿No te dan ganas de poner la mano en esa mata de pelos? A mí me dan ganas de acariciarlo.

—¿Me estás diciendo que ahora eres lesbiana?

—No, Manolo, por Dios, te estoy diciendo que el cuadro es tan real que tengo casi puedo sentir el contacto de ese vello púbico contra mi mano. No seas inculto.

La miré receloso, sin hacer comentarios. Después de unos cuantos segundos de contemplación, Ivette agregó.

—Gustave Courbet, es uno de mis pintores favoritos. Justo estaba pensando en una de sus obras. *Le désespéré*. ¿Lo conocés?

—No, ¿está aquí? —miré a mi alrededor, como si pudiera encontrarlo con un simple movimiento de la cabeza.

—No, forma parte de una colección privada. Creo que es un cuadro que te describe bien. Además, es como si estuviera viendo tu cara, los mismos rasgos, los ojos negros, el cabello negro, largo y desordenado. Lo único que te falta es el bigote. Podrías ser un buen *désespéré*.

—*Tu trouves que je suis un désespéré ?*

—*Oui. Assez.*

Desde mi ventana la observé alejarse por la calle. Iba a tomar el autobús que solía tomar cuando regresaba a su casa. Me vestí y salí en su búsqueda.

Tomé el autobús siguiente. Ella me había dicho que iba a su casa, así que no importaba que no la siguiera en tiempo real. Además, había aproximadamente quince minutos de marcha entre la parada del autobús y su edificio, distancia que yo acortaría corriendo.

Realicé el viajecito en un estado de excitación constante, temeroso de lo que pudiera encontrar al final del camino. Conté quince paradas hasta llegar a la parada más cerca del departamento de Ivette. Me apeé y salí corriendo por la calle que conocía bien. La vislumbré a la distancia y disminuí mi carrera. Estaba entrando en una panadería. Tomé una calle aledaña y corrí aún más rápido. Entré en un café del otro lado de su calle y me acomodé en una mesa junto a la ventana. Ivette tardó al menos cinco minutos en llegar. Se dirigía a su casa. Una sospecha me estremeció. ¿Y si alguien la esperaba en el apartamento?

—¿Tienes sentimientos por él?

—No, por supuesto que no.

—Pero siempre respondes rápido a sus mensajes. Si no sintieras nada por él, entonces lo harías esperar.

—Te aseguro que no siento nada más que amistad.

—¿No era eso lo que sentías por mí en un principio?

—Eso fue en un principio, ahora las cosas son diferentes.

—¿Diferentes cómo? Siempre hay un principio para todo. ¿Me estás diciendo que las cosas con él serán diferentes después?

—Manolo, por Dios, pará. ¿Por qué siempre sos así? ¿No podés simplemente estar feliz, porque he hecho un nuevo amigo en mi clase de Yoga? No entiendo, porque siempre tenés que pensar lo que nadie está pensando.

Veía su cuerpecillo estremecerse, el temblor de sus manos y el de sus labios no me pasó desapercibido.

Abrí los labios para contestarle, pero ella me paró en seco.

—Pará, pará, pará. Te lo juro que ya no puedo más.

Las lágrimas empezaron a resbalar a través de sus mejillas. Si no hubiera podido verla, no hubiera habido nada en el sonido de su voz que delatara que estaba llorando.

—No entiendo por qué me quedo. Debo ser una idiota. ¿Te parezco una idiota, Manolo?

Negué con la cabeza.

Ella continuó:

—Pero claramente algo debe estar mal conmigo misma si sigo aquí contigo. Sos un jodido, Manolo, sos un jodido de verdad. ¡No es tu familia! Ni las cosas que te han sucedido hasta ahora. ¿Dónde empezás vos y dónde empiezan tus problemas? ¿Dónde queda tu responsabilidad? Andás por la vida echándole la culpa a todo y a todos menos a vos. Y ése es el problema. Sos vos. Sólo sos vos, que sos un jodido. Y yo también debo serlo para quedarme aquí. No me contactés y no pensés en decirme nada más. Tengo un pie en la puerta y estás a punto de no verme más.

Se secó las lágrimas con la servilleta, las manos le temblaban mientras buscaba el cambio en su bolsa. Sacó un billete que depositó sobre la mesa.

—Pagá con eso. No quiero sentir que te debo algo.

Dicho y hecho, se levantó de un brinco y salió del restaurante. No supe qué decirle. Y fue sólo cuando pensé en la escena, de manera póstuma, envuelto en mi propia soledad que encontré las palabras que hubiera debido decirle en ese momento para defenderme, para pedirle que se quedara y que no me dejara. ¿Por qué había permanecido quieto y sin ninguna reacción?

La seguí con la mirada. Permanecí sentado, con una mano sobre la frente. La mesera se acercó y le pedí un café. ¿Cómo iba a saber que esa sería la última vez que la vería? Nadie me había dicho que nuestra relación expiraba hoy. Si hubiera sabido que no la volvería a ver, hubiera hecho de todo para que se quedara. Me hubiera puesto de rodillas y le hubiera suplicado, hubiera tirado mi dignidad al suelo y la hubiera pisoteado, todo eso con tal de que se quedara.

Bebí mi café en silencio, el mundo a mi alrededor se había callado. Sentía un dolor en el pecho y me pregunté si sería efecto del café. No acostumbraba beberlo. El corazón me latía en la

garganta. Comencé a marearme. Ivette era mía y no podía irse. Y sin embargo, se había ido. No quería que fuera de nadie más. No quería que hablara con nadie más. Yo había visto algo en ella que nadie más veía y ella debería estar agradecida por eso. Pero si alguien más lo veía y que ella se daba cuenta de eso, no habría ninguna esperanza. Alguien mejor que yo ocuparía mi lugar. Él sería más inteligente, más fuerte, más divertido. Tendrían más pasatiempos en común, mucho más que decirse.

¿Después de todo que teníamos Ivette y yo en común? Dejando el increíble sexo de lado, nada. Nuestra relación no era más que una cáscara. La respuesta era simple y dolorosa.

El café me pareció más amargo que de costumbre, sentí ganas de vomitar. Minutos después salí a la calle. Mil escalofríos me recorrían el cuerpo y una extraña debilidad me invadía.

El mundo giraba demasiado rápido, sentía vértigo. En cada rostro masculino en la calle veía un enemigo. Hombres que podrían estar con Ivette, que tocarían su cuerpo desnudo y le susurrarían palabras de amor en las noches.

Apenas supe cómo llegué a mi casa. Entré y no me molesté siquiera en correr el cerrojo. Me tiré sobre la cama. Debí haberme quedado dormido, porque me desperté en una posición incómoda, aún con la chaqueta, el pantalón sujetado por el cinto, apretándome la barriga y los zapatos ensuciando la cama. Revisé el reloj sobre el buró. Era la una de la mañana.

Debía trabajar a la mañana siguiente, pero no podía permanecer en el apartamento. Ni me importaba el trabajo. Ya nada me importaba. Salí del apartamento sin rumbo preciso.

Las calles del centro estaban bien iluminadas y los trasnochadores se habían apoderado de ellas. Yo era una persona matinal y rara vez tenía la ocasión de vivir una vida nocturna. Saberme rodeado por tanta gente, aliviaba mi soledad. Recorrí las calles durante unos cuantos minutos sin prestar atención a mi alrededor hasta topar con un letrero de neón que atrajo mi atención:

“Come & Forget”

Parecía hecho a propósito. Entré. Podía contar a las personas dentro con los dedos de una mano. Fui a la barra y pedí una cerveza. No era muy dado a beber alcohol, pero, ¿qué más iba a hacer en un bar a esas horas? Me senté en una mesa en el fondo.

Después de haber terminado mi cerveza, me levanté de mi asiento para ir a buscarme otra, pero terminé sentándome nuevamente cuando un extraño se acercó a mí, hablándome en inglés.

—No quiero molestarte —comenzó—, pero estaba observando a las personas aquí y la verdad tú me pareces el que tiene la cara más amable. Necesito de tu ayuda.

Le eché una ojeada desinteresada bajo las luces tenues del bar. No había nada en su apariencia que lo hiciera parecer anormal. Sólo era un hombre como tantos otros.

—¿Qué puedo hacer por ti?

El tipo encendió un cigarrillo. Era raro ver algo así en esta época, miré a mi alrededor para ver si a alguien le molestaba. Todos permanecían indiferentes, sumidos en sus propios problemas, seguramente.

—Sólo tienes que escucharme.

—¿Eso es todo?

—Sí. Pero digo escucharme de veras, sin juzgarme. Eso es todo lo que necesito. A veces eso es todo lo que necesitamos, pero la gente no se da cuenta. Muchos terminan pagando psicólogos cuando todo lo que necesitan en realidad es de alguien que se interese por ellos y los escuche. Yo no tengo a nadie así y no tengo ganas de ir con un psicólogo. La verdad es que me viene bien ahorrarme el dinero y de todas formas no me apetece hablar de cosas personales con un desconocido... —soltó una risilla y tosió un par de veces—, bueno ya sabes. Ey, al menos tú hablas inglés. ¿Sabes lo difícil que es encontrar a un francés que hable bien inglés?

El tipo se levantó y regresó un par de minutos después con un par de botellas de cerveza.

—Me llaman Wink

—¿Wink? ¿Por qué?

—Cuando era pequeño no podía pronunciar mi nombre, Will, así que decía Wink.

—Wink parece más difícil de pronunciar que Will.

También lo pienso. ¿Sabes? Hablar con desconocidos es como una especie de terapia. Es más fácil hacerlo que con los amigos. Los amigos ya tienen toda clase de ideas preconcebidas de uno. Nos tienen clasificados y cuando intentamos salirnos de esas líneas, porque eso no nos corresponde, entonces ellos no sólo se sorprenden, sino que hasta parece que se enojan. Si uno no es lo que ellos piensan, es incluso una ofensa personal. ¡Ja!

El aliento le apestaba alcohol, pero sus palabras sonaban coherentes.

—¿Alguna vez has hecho algo malo?

Lo consideré durante un momento. No era una persona maliciosa y hasta donde recordaba, no había cometido ningún acto malévolo.

—Una vez cuando tenía ocho años estaba jugando con mi bicicleta y con un niño más pequeño que yo —empecé después de un momento de reflexión—. Cuando mi amigo se cansó de jugar, comenzó a tirarse directamente enfrente de la bici cada vez que yo comenzaba a pedalear. Llegaba y se tiraba en el piso, por lo que yo me veía obligado a cambiar de dirección o a frenar a último minuto. Después de que lo hiciera un par de veces, le dije que si lo volvía a hacer le pasaría por encima de la cara. Lo volvió a hacer, y esta vez no frené. Conduje mi bicicleta por encima de él.

—¿Qué pasó con el chico?

—Terminó en el hospital.

—Bueno, tú se lo advertiste.

—¿Y tú?

—He hecho muchas cosas malas en mi vida, no sabría ni por dónde empezar. Pero ahora es mi trabajo lo que me hace pensar que tendré un mal karma. ¿Ves porno? Es una pregunta seria. Si no fuera así, no te lo preguntaría.

—Sí, veo porno, como todos los demás, supongo.

—¿Alguna vez te has fijado en los anuncios, éstos que dicen: “Una mujer sola a proximidad quiere hablar contigo” o “Hola, guapo, ¿quieres conocerme?”

—Sí, me he fijado. Ni siquiera sé por qué existen. No creo que alguien sea tan pendejo como para caer en ello.

El rostro pálido y angustiado de Wink se contrajo en una mueca similar a una sonrisa.

—Te sorprenderías entonces. En eso consiste mi trabajo. Yo soy esa chica atractiva con la que los hombres hablan.

—¿Hablas en serio? Siempre creí que los que hacían ese trabajo eran robots.

—No, no, son operadores de carne y hueso, pero el primer mensaje enviado para pescar a los incautos es enviado por un robot.

—¿Cómo funciona?

—Es un servicio que funciona las veinticuatro horas de día. Las personas reciben un link del sitio ya sea a través de un sitio porno, o su correo electrónico, o las redes sociales, etc. Se inscriben, hacen un perfil y bueno, es como un sitio de citas común y corriente sólo que tienen que pagar por tener créditos y hablar con las chicas. Cuando se inscriben por primera vez tienen que pagar 10 euros y a cambio reciben 450 créditos, una vez que terminan sus créditos, pueden optar por más. Pero si haces las cuentas, estas personas terminan gastando el equivalente a un euro por mensaje. Ahora, sólo he trabajado con mi compañía y no sé cómo funcionan las otras.

—¿En qué consiste el trabajo?

—En hablar con hombres solos y desesperados. Una vez que dan clic en el anuncio es muy probable que se queden y paguen. Te estoy hablando de hombres que no están acostumbrados a recibir atención femenina, entonces cuando reciben mensaje tras mensaje de una chica atractiva que además piensa que ellos son atractivos... —rio una vez más—, bueno, es difícil pasar de una oportunidad así.

—Pero tú eres un hombre.

—Eso, ellos no pueden saberlo. Ellos están hablando con una chica guapa y nada más —terminó su cerveza y la depositó con un ruido sordo sobre la mesa. Se puso en pie y fue a buscarnos más bebidas—. ¿Qué te estaba diciendo? —sin esperar a que yo respondiera, continuó—: Ah sí, mira cuando un operador se conecta recibe un mensaje aleatorio de un cliente aleatorio y al que tiene que responderle con un perfil de chica aleatoria. Para darte un ejemplo digamos que tienes una fila de clientes esperando, y que el primero, un cliente llamado Juan, envía un mensaje a una tal Julia, bueno Julia, que no es más que el operador en turno recibe el mensaje, responde e inmediatamente es el turno de otro cliente que acaba de enviarle un mensaje a otra chica.

—¿Es decir que un mismo operador tiene varios perfiles?

—Mejor dicho, un solo perfil tiene muchos operadores. Todo es muy fluido. Si el concepto fuera: un cliente, un perfil de chica, entonces perderían dinero. Los operadores se turnan constantemente y muchas veces no volvemos a toparnos con los mismos clientes al día siguiente.

—Pero entonces las conversaciones no tienen mucho sentido, quiero decir, si un cliente le habla de su vida a un operador y minutos después es un operador diferente el que va a responder, entonces la conversación no tiene continuidad.

—Bueno, los operadores nos podemos dejar notas los unos a los otros. Información importante sobre el cliente, información importante sobre la chica y siempre puedes volver a revisar la conversación, aunque eso nadie lo hace, porque es una pérdida de tiempo. De todas formas, eso no es ningún problema, si dices que estás excitada, al cliente se olvida de que estaba hablando del funeral de su abuelita el día anterior.

—¿De verdad creen que están hablando con una chica de verdad?

—Sí, estoy seguro de eso. Esos tipos están más desesperados de creer en una fantasía que un crío de seis años de creer en Santa Claus. Es un trabajo triste si lo piensas. Tienes que hablar con tipos que están tan solos y desesperados que pagan euro tras euro en un sitio dudoso, hablando con una persona que no pueden ver ni oír.

—¿Sólo hablas de sexo?

—El 85% del tiempo, quizás, pero también hay muchos otros que tienen problemas en su vida, con el trabajo, el matrimonio y sólo quieren ser escuchados. Hay clientes recurrentes, pero como te decía, a la mayoría los ves sólo en un turno y después ya no los vuelves a ver. He hablado con cientos y cientos de hombres solitarios.

“Como tú”, pensé.

—Parece triste.

—Es bastante triste, pero, en fin, si vieras las chorradas que estos hombres dicen, tendrías menos paciencia. Muchos lo merecen. Pagan, por lo que reciben y créeme que muchos de ellos no merecen más que eso.

Di un trago a mi cerveza.

—No me parece que tu historia suene tan mala.

—Es que aún no has escuchado el resto —una vez más se levantó y fue a buscarnos más alcohol, a pesar de que yo apenas comenzaba la segunda cerveza. No comenzó su relato hasta que

hubo vaciado la mitad de la botella. Tosió un par de veces y se rascó la garganta—. Conocí a alguien.

—¿En la vida real quieres decir?

—Sí.

—¿Del sitio?

—No.

—¿Entonces qué tiene que ver?

—Tiene que ver en que ese sitio fue el catalizador. No sé, el hecho de hablar tan abiertamente de sexo con un montón de hombres debía tener un impacto en mí o eso quiero pensar. Si tuviera que escoger un principio o una razón diría que fue esa. ¿Sabes? Estoy casado y tengo dos niñas —sacó su celular del bolsillo y tras varios segundos de manipulación me lo tendió para que lo mirara—. Ésta es mi familia —me dijo con la sombra de una sonrisa—, mi esposa está esperando al tercero...—miré la pantalla y lo miré a él. ¿Cómo un hombre tan insignificante podía tener una familia tan atractiva? Le regresé el celular—. Siempre me lo pregunté.

—¿El qué?

—Siempre tuve esa pequeña duda desde que era joven —dijo más para sí mismo que para mí—. Siempre fui muy popular con las mujeres. Desde que era pequeño... Sí, ya sé lo que estás pensando, que soy un fanfarrón y que un tipo como yo, imposible —hizo un gesto con su mano para quitarse el cabello que le caía sobre la frente—, pero lo digo en serio. No sé de dónde me viene esta popularidad. No soy especialmente guapo ni especialmente simpático, pero así son las cosas. No tiene sentido intentar buscarle una explicación. Es así y ya está. Nunca tuve ningún problema para encontrar una mujer y acostarme con ella. Pero nunca me sentí conforme con mis citas.

En un principio no era muy exigente, era un adolescente con hormonas y con la necesidad de explorar. Salía con quien me lo propusiera y cada vez que tenía la oportunidad de... disculpa si soy gráfico, pero de meterlo, entonces lo hacía. Iba duro y hasta el fondo, sin ninguna consideración. Lo hacía para satisfacerme a mí mismo, siempre me ponía primero y no pensaba más que en mi propio placer. Esto disgustaba a algunas chicas, se iban, pero había muchas otras que esperaban tomar su lugar, así que no me importaba. Pero con el tiempo dejó de ser suficiente para mí y empecé a agregar más criterios a mi lista. La chica en cuestión tenía que ser lo suficientemente bonita, inteligente, tener buena conversación, tener buen cuerpo. Criterio tras criterio, la lista terminó volviéndose larga.

Las palabras salían de su boca, una tras otra, casi sin pausas y a pesar del alcohol ingerido, su voz era modulada y agradable.

—Debes haberte acostado con muchas mujeres —intenté contar mentalmente a las mujeres con las que había tenido sexo. Eran muy pocas en realidad. Y de todas formas, ninguna valía lo que Ivette. Tomé mi cerveza y vacié el contenido de un solo trago, lo que fuera con tal de no pensar. El tipo rió y alabó mi capacidad para soportar el alcohol.

—Sí, bastantes. Como decía, sin importar que tan exigente fuera, el número no hacía más que incrementar, y con él una especie de vacío. No es que buscara amor, eso es ridículo, pero no me sentía satisfecho. Había una especie de vocecilla en el fondo de mi cabeza que no me dejaba en paz. Siempre hablando, siempre diciéndome algo que no quería escuchar.

—¿Qué era lo que decía?

Me pareció que sonreía.

—Lo entenderás después. A eso estoy llegando. Cuando conocí a mi esposa debía estar en mi último año de universidad. No, espera, justo acababa de terminarla. Lo siento, las fechas no son mi punto fuerte. Acababa de encontrar un trabajo. Sí, eso era. Cuando la conocí, fue la primera vez

en toda mi vida que dejé de escuchar esa vocecita. Por primera vez en mi vida me sentía menos solo y menos vacío. En menos de un año nos casamos.

Yo no estaba seguro de querer traer una nueva vida al mundo. Con lo jodidas que están las cosas, pero ella de verdad quería convertirse en mamá. Empezó a hablar de embarazarse. Cada vez que la escuchaba hablar de eso, sentía un gran malestar. Como si me hubieran inscrito en una carrera que no quería correr. Mi esposa quería un bebé y yo sólo quería más tiempo. Empecé a poner excusas que a mis oídos sonaban justas. Debíamos esperar a tener mayor estabilidad, a tener más dinero, después de que hubiera tenido la promoción en el trabajo, cuando me recuperara de mi enfermedad. Lo intenté todo con tal de alejar ese momento. Al final, de nada sirvió, el anticonceptivo falló o ella se aseguró de que fallara y yo no tuve corazón para decirle que se deshiciera del feto.

—¿Te arrepientes?

—No lo sé. Ahora que estoy aquí no sé qué hubiera pasado si ella hubiera abortado o si no nos hubiéramos conocido. Creo que no estoy tan mal. Siempre podría estar mejor, pero también funciona de los dos lados y creo que tengo suerte. Como fuera, el tiempo pasó, tuvimos a las gemelas, y durante mucho tiempo estuve bien, pero hace alrededor de tres años volví a escuchar la vocecita. Comenzó a obsesionarme. Si antes la entendía como un eco lejano, ahora parecía gritarme todo el tiempo: “todo está mal” una y otra vez. Era lo primero que escuchaba cuando me despertaba y lo último que escuchaba cuando me iba a dormir. Soy un buen esposo y también un buen padre. Estoy ahí para mi esposa, le doy la mano cuando las cosas son duras, escucho sus palabras y le doy consejos con la mayor sinceridad posible. Compartimos los quehaceres domésticos, me ocupo de las niñas. Soy atento, le llevo rosas en su cumpleaños, nunca olvido nuestras fechas importantes. Le sonrío cuando me mira. La complazco en la cama. Tengo una lista de deberes que reviso cada semana y que me aseguro de haber cumplido. Es mi lista que me garantiza que soy un buen esposo. Y como soy un buen esposo y padre que nunca pide nada a cambio, pensé que merecía un descanso.

Comencé a conocer mujeres por internet. Al principio no era nada demasiado grave, hice un perfil en un sitio de citas. No tenía planeado ir más lejos, sólo eran conversaciones amistosas... Bueno, tú entiendes.

Hice un gesto afirmativo con la cabeza, aunque no estaba muy seguro de comprender lo que me decía.

—Pero necesitaba más que el contacto virtual, planeé una cita durante mi hora del almuerzo con una mujer mayor que yo. Terminamos acostándonos aquella vez. Después de ella hubo muchas más. Fue como si hubiera abierto la cajita de pandora. Me acosté incluso con compañeras de trabajo. Dejé mi trabajo —al intuir mi pregunta se apresuró a agregar—: No, no por eso, sino porque necesitaba un cambio. Di con el sitio del que te hablaba por casualidad. El chat erótico quiero decir. En realidad, la familia de mi esposa es muy adinerada y mi familia tampoco está mal. No tenía apuro para encontrar un trabajo, pero no quería pasarme la mayor parte del día sentado en el sofá bebiendo cerveza. Y fue gracias a ese trabajo que me di cuenta de algo. Era la primera vez que hablaba con un hombre que a su vez creía que hablaba con una chica. Empecé a hablar con esos hombres y era fácil. ¿Sabes? Pretender que era una chica. Sabía lo que ellos querían escuchar y yo se los decía. No tenía ningún tapujo. Les decía lo mucho que quería conocerlos, las ganas que tenía de sentir sus manos recorriendo mi cuerpo. Las ganas que tenía de sentirlos dentro de mí.

Tosí incómodo y esta vez fui yo quien fue a buscar más alcohol. Él me arrebató la cerveza de las manos y me agradeció con un gesto. Luego continuó su relato:

—Nunca había tenido problemas con la homosexualidad. De hecho, lo veía con buenos ojos. Si había menos hombres para darme lata con las mujeres, mejor —no dije nada, él tipo tosió un par de veces—. Continué así durante un tiempo. Me salía natural coquetear con esos tipos. Bueno, igual esos tipos me parecían patéticos. Así que al final decidí hacer algo que nunca antes hubiera considerado. Me inscribí en un sitio de citas.

—Eso ya me lo habías dicho.

—Bueno, este era diferente al otro. Este era un sitio homosexual.

—Oh.

—Empecé a hablar con varios hombres. Las cosas van muy rápido ahí. Todos van al grano inmediatamente, pero yo no podía resolverme. No estaba seguro de lo que estaba buscando y menos si quería encontrar algo. Hubo un hombre en particular. Su nombre en el sitio era MisterMeester. Era diferente al resto. No lo sé. Su actitud me hizo sentir algo que no había sentido. Nuestras conversaciones se volvieron recurrentes. Le di mi número. Le hablé de todo, mi familia, mis temores, mi infancia. Él me hablaba de su trabajo, de los problemas que tenía, de lo mal que había vivido su homosexualidad cuando era joven. A veces tenía que ir a encerrarme al baño para poder seguir hablando con él y que mi esposa no se diera cuenta. Tuve que fingir delante de ella —comenzó a llorar, mientras que yo lo observaba. Estaba un poco borracho, así que me limité a seguir bebiendo mientras esperaba que él se repusiera—. Todo lo que quería era un segundo más con MisterMeester. Siempre me pedía que nos viéramos y yo siempre encontraba excusas para no hacerlo. Un buen día, meses después de haber comenzado a hablar con él, me dijo que no me esperaba eternamente que era ahora o nunca. Me convencí a mí mismo de que era la señal que necesitaba para terminar lo que sea que estuviéramos empezando. Verlo arruinaría mi vida de hombre casado, todo terminaría deslizándose como si se tratara de una bola de nieve. Si daba ese primer paso, jamás sería capaz de detenerme.

—¿Qué hiciste?

Él titubeó un momento. Me miró a los ojos y dejó escapar un suspiro.

—Me di cuenta de que me había convertido en su esclavo. Ansiaba sus mensajes, quería escuchar su voz, quería verlo. Yo era tan cuidadoso como podía. Me he asegurado siempre de que mi comportamiento sea consistente, de no alterar la rutina. La rutina es muy importante en las relaciones, si algo se sale de lugar, la otra persona comienza a dudar y a hacerte preguntas y yo lo último que quería era eso. En todas mis relaciones extraconyugales, mi rutina permaneció, al igual que mis horarios. Como mi esposa trabajaba, no fue difícil salirme con la mía. ¿Has sido infiel alguna vez?

Pensé en Ivette.

—Yo no —respondí—, pero seguro he sido un cornudo. ¿Qué pasó con el tipo? ¿Alguna vez lo conociste en persona? —le dije sin ningún tacto.

—Terminé aceptando. Quedamos de vernos. Pusimos lugar y hora. Yo fui el primero en llegar al parque y cuando lo vi llegar, apenas tuve el valor de acercarme. Me sentí como un adolescente hormonal una vez más. Fuimos a su apartamento y ¿quieres que te diga lo que hicimos?

—No.

—Eso pensé.

—¿Ése fue el final?

—No. Quería tenerlo todo. Tener a mi esposa y a mi familia y tenerlo a él. No quería tener la sensación de perder algo, así que me aferré a las dos cosas. A ser el padre y esposo perfecto y a ser el novio perfecto. ¿Quieres otra cerveza?

No espero mi respuesta, se puso en pie y con paso lento y desgano fue hasta la barra. Estaba

cansado y su historia tenía cada vez menos sentido. Puso una botella enfrente de mis ojos que me apresuré a tomar.

—¿Y qué pasó? —insistí.

—Nada, lo que sucede muchas veces. Me pidió que dejara a mi esposa. Yo le dije que no podía hacerlo. Le pedí que se quedara, se lo supliqué, en realidad, pero él fue intransigente y lo comprendo. Lo último que me dijo fue: “¿Crees que alguien como yo merece a alguien como tú?” Lo pensé y él tenía razón. La verdad es que no, él merecía a alguien mejor.

—¿Y tu esposa en todo esto?

Se encogió de hombros y me miró con sus ojos vidriosos y tan cansados.

—Nada —tosió un par de veces. Las manos le temblaban mientras continuaba bebiendo—. Eso es algo que ella no sabrá jamás. Soy un buen marido y padre, de eso no cabe duda. Un buen tipo. Fue sólo un lapsus.

Seguía repitiéndolo, como si el decirlo diera más fuerza a sus palabras. Siguió repitiéndolo aun cuando me levanté de la mesa y me alejé de él.

Salí del bar con su figura desparramada grabada en mis pupilas. Me encogí en mi abrigo, era casi la hora a la que me levantaba usualmente para ir al trabajo. La mañana se anunciaba fría, incluso si diciembre estaba lejos.

Una vez más el trabajo, la rutina y la vida que no se detenían.

SEGUNDA PARTE

1

Y de repente lo sentí. Una oleada de pánico me invadió. El miedo pasó de mi estómago hasta mi garganta. La ropa me apretaba y me costaba respirar.

Me esforcé en controlar mi respiración, pero ni mi angustia ni mi ansiedad me abandonaron.

Tenía que escapar. Encontrar una salida. Un colega me hablaba, pero sus palabras sonaban como ruido dentro de mis orejas.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó.

Mi semblante pálido y mis ojos anormalmente abiertos me habían delatado.

—Sí, voy a bajar por algo de comer —le sonreí y mi sonrisa fue un rictus que tembló y terminó por desaparecer tras unos segundos.

Protegido por la soledad del elevador, me llevé las manos a la cabeza y caminé de un lado al otro del ascensor. Éste hizo un ruido. Se detuvo y las puertas se abrieron. Pegué mi espalda contra la pared y aparenté una calma que estaba muy lejos de sentir. Ignoré el saludo que la persona al entrar me dirigió.

Salí disparado del edificio, impulsado por una fuerza más grande que mí mismo, mi propia ansiedad y mis propios miedos condensados. En estas horas del día en las que todos trabajaban, no me fue difícil encontrar un banco libre apartado del mundo. Escondí el rostro entre las manos, pero no lloré. Tenía las lágrimas constipadas. Mi respiración era dificultosa y no lograba entender lo que estaba tan mal en mi vida. Ciertamente, me faltaba Ivette, pero además de eso gozaba de salud, tenía un trabajo que me permitía pagar el techo sobre mi cabeza, la comida que metía en mi boca, la ropa con la que me vestía, y uno que otro lujo. Pero aun así, la sensación de “incompletud” no me abandonaba nunca. Me llevé la mano al corazón y golpeé un par de veces, como si se tratara de una operación médica para regresar los latidos cardiacos a su normalidad.

Habían pasado siete años desde que había comenzado a trabajar en la empresa. Siete largos y monótonos años. Estaba seguro de haber envejecido prematuramente en ese tiempo. Mi angustia me acompañaba no sólo en mis horas de trabajo, sino también en las horas previas a comenzar mi actividad y también, en las horas subsecuentes. En resumidas cuentas, pasaba la mayor parte del día sintiéndome miserable.

No tenía ninguna buena razón alguna para quejarme. El trabajo en sí era fácil. Quizá eso era parte del problema. El trabajo era en realidad, demasiado fácil. Me sentía como un macaco sentado frente a una computadora, presionando botones.

Tan pronto como me sentaba en mi *open plan* tenía la sensación de que una neblina espesa envolvía mi cerebro y me impedía llegar a mis ideas. Me veía a mí mismo corriendo de un lado a otro, intentando atraparlas, y justo cuando parecían a mi alcance y extendía las manos, éstas me eludían inevitablemente. Era una situación desesperante y casi dolorosa en cierto sentido.

“Manolo, ¿ya enviaste el mail?”

“¿Qué hay del plan de acción que te pedí?”

“¿Y el plan de comunicación?”

“¿Lo has contactado por teléfono?”

“¿Qué estás esperando para hacerlo?”

No era más que un *bullshit job*, sin importancia. Yo lo sabía, ¿entonces los otros lo sabían también? Mis compañeros me parecían ridículos, corriendo de un lado a otro, como si la responsabilidad del mundo descansara sobre sus hombros. Los más patéticos eran aquellos que llegaban temprano, se iban tarde y llegaban a sus casas vacías, sin ningún plan más que dormir y despertarse para seguir con la rutina al día siguiente.

Las ventajas de trabajar en la empresa eran muchas. Tenía una buena *mutuelle* y gracias a eso, no tenía que preocuparme por mis gastos médicos, la *mutuelle* reembolsaba casi todo. No tenía que trabajar los fines de semana y contaba con cinco semanas de vacaciones pagadas, como el resto de asalariados en Francia.

Mi aburrimiento se volvió tan insoportable que concebí utilizar mis cinco semanas de vacaciones en algún lugar exótico.

Después de meditarlo largamente, me di cuenta de que no me gustaba la aventura, así que me decidí por regresar a México y pasar mis cinco semanas de vacaciones adonde suelen ir todos los turistas, a Cancún y la Riviera maya.

3

Mi vuelo duraría doce horas, así que lo que me sobraba era tiempo. Para pensar en ella, para pensar en mí, pensar en nosotros y en los instantes que nunca más volverían. El pecho me dolía y apenas podía respirar. Intenté dormir, pero el sueño se resistía a llegar a mí. Permanecí en mi asiento, las palmas de mis manos apoyadas sobre mis rodillas. El corazón me pesaba cada vez que la imagen de Ivette se colaba en mi cabeza. Habían pasado años y aun así su recuerdo me había acompañado en cada momento, a veces como una imagen deslavada y otras, era tan fuerte que podía sentirla a mi lado. ¿Cómo podía no hablarle cuando eso ocurría?

En un principio me había resistido a la idea de Ivette, pero después hice las paces con ella y la dejé invadir mi cabeza.

El sueño terminó venciéndome cuando quedan unas cuantas horas para el aterrizaje.

Apenas salí del aeropuerto internacional de Cancún, el calor me golpeó con fuerza. Era mi primera vez en Cancún. Los taxistas se arremolinaban en frente del aeropuerto, como si su vida dependiera de subir a un cliente ahí mismo. Quizá fuera el caso. Había pasado tanto tiempo en Francia, que la realidad de México no me incumbía, no realmente.

El taxista me hizo mil y una preguntas a las que yo respondí con monosílabos. Estaba agotado, me dolía el estómago por la comida asquerosa que habían servido en el avión, y para colmo de males, el calor húmedo y el trayecto en taxi me mantenían en un estado de náuseas constante.

El taxista me despreció tan pronto como supo que vivía en Francia. Lo pude ver en su mirada. Yo pertenecía a esa otra clase de mexicanos, los que siempre tienen que comer, los que no tienen que salir de su casa a las cinco de la mañana y regresar en la noche para ganarse la vida. Para él, yo representaba una clase privilegiada, de éstos que se enfiestan una noche y al día siguiente se quedan en cama, porque pueden permitírselo. Para él, un día no trabajado, era un día perdido.

—No todos tenemos la oportunidad de vivir en el extranjero —me dijo—. Debe costar mucho. ¿Me dijo que hizo sus estudios ahí?

—Sí.

—¿No es la universidad muy cara ahí?

—Cuando yo estudié la universidad era casi gratuita para todos. Yo pagaba el mismo precio que los franceses. Si hubiera estudiado en el Tec de Monterrey, me hubiera salido igual de caro.

—El Tec es una buena universidad, pero es muy cara —me respondió—. Nosotros tenemos que conformarnos con la escuela pública.

Le sonreí educadamente. Ahí estaba ese “nosotros”, del que yo no formaba parte.

—Pero la vida debe ser muy cara en Francia —continuó.

—Supongo —le respondí.

—Allá se gana buen dinero, ¿no es verdad?

—También se gasta buen dinero. Que uno viva en Francia no significa que todo sea color de rosa. En París la vida es muy cara, especialmente el alojamiento.

—Aun así, debe ser mejor que conducir un taxi.

—También hay taxistas —me apresuré a decir.

El taxista no agregó nada más hasta llegar al hotel y yo me enfurruñé en mi silencio.

Jamás podría vivir en un lugar como Cancún. Estaba constantemente bañado en sudor y con la ropa húmeda pegada al cuerpo. Los precios eran exorbitantes para tratarse de México. Las playas estaban infestadas de turistas. Los hoteles, bares y restaurantes se habían apoderado de gran parte de la playa, formando una especie de barricada.

Aun así, me gustó vacacionar ahí. El servicio al cliente era impecable. Los empleados y dependientes se desvivían intentando complacer mis caprichos. La playa estaba limpia y el agua cristalina. Sentir la arena caliente bajo mis pies me producía una sensación de bienestar que no había experimentado en mucho tiempo. Incluso el bullicio de la gente me resultaba agradable. Mi soledad parecía apagarse un poco cuando todos a mi alrededor parecían tan felices.

La vida nocturna, que, aunque nunca ha sido mi interés principal, era variada y estridente. Había una especie de vibra contagiosa, una necesidad de salir y quedarse hasta tarde, haciendo cosas que no suelen hacerse.

Pasé cuatro días en Cancún, visitando los mercados, bebiendo piñas coladas y sentado bajo la sombra de las palmeras.

Aproveché que me encontraba en Cancún para visitar otros lugares interesantes como Tulum. No esperaba que Tulum fuera una ciudad tan hípster. En gran parte debía deberse a la influencia de otros extranjeros con una mentalidad más interesada en el medio ambiente que el mexicano promedio. Muchas personas andaban en bicicleta y se preocupaban por cuidar de la ecología. Por otra parte, había también muchas empresas constructoras que destruían la vegetación y fauna para construir condominios. Era un contraste interesante en una ciudad tan pequeña.

Mi impresión en Tulum fue peor que en Cancún en lo que se refería a los hoteles que asemejaban a fortalezas infranqueables. Sin tener ningún conocimiento de la zona, me fue difícil encontrar una entrada para la gente que no se hospedaba en la zona hotelera. Al parecer había dos y el acceso a una de ellas cerraba temprano por la noche. No tuve suerte en mi primera noche. Los hoteles, de grandes muros que colindaban unos con otros, simple y sencillamente impedían el acceso. Había que caminar mucho y poner atención para encontrar la otra entrada. No era práctico para alguien que no tenía coche, que no sabía andar en bicicleta y que usaba principalmente sus piernas como medio de transporte. Desistí, de todas formas, la noche había caído y no hubiera podido apreciar el mar.

Había llegado en una temporada en la que todavía había sargazo, por lo que pasé más tiempo contemplando el mar, sentado sobre la arena que metiéndome a él. Me costó encontrar una sombra. Muchos lugares ofrecían camastros con sombras, pero para ello había que pagar precios que me parecían ridículos. Esos negocios ocupaban también gran parte de la playa, dejando apenas un pequeño espacio para aquellos como yo, que se negaban a pagar por algo que debería ser gratis.

Lo más triste es que a nadie le importaba, no mientras el dinero gringo siguiera lloviendo. A los pueblerinos les daba igual, o al menos no eran muy vocales en sus quejas, parecía que los que estaban más interesados eran los extranjeros que vivían en México y habían adoptado un modo de vida ecológico.

Cuando fui a Chichén—Itzá hice una escala en Valladolid. El pueblo era bastante pintoresco, con sus casonas coloridas, sus calles limpias y estrechas. La gente también era amable y estaba interesada en mostrar sus tradiciones y su folclor. Me entretuve mirando los bailes en la plaza.

Tan pronto como el avión aterrizó en el aeropuerto Charles de Gaulle me sentí en casa. Incluso si era mexicano y había crecido en México, cuando regresaba a México no era más que un turista más. Una extraña melancolía me invadió. No era ni de aquí ni de allá.

Fui al lugar donde tuvimos nuestra primera cita. En aquella noche gris y fría, las luces de la ciudad parecían brillar con mayor fuerza. La calle estaba desierta. La esperanza de ver a Ivette me había traído hasta aquí y era la misma esperanza la que me hacía mantenerme fijo en mi posición, esperando. No hacía nada más que esperar. Un milagro, una señal. Me conformaba con tan poco. Ivette y yo vivíamos bajo el mismo cielo y respirábamos el mismo aire. Teníamos una conexión innegable. Y así como yo me había entregado al impulso de verla aquel día y a aquella hora, esperaba que ella también. En el lugar donde ella debía estar sentada esperándome, no había nadie.

6

Le escribí una carta que no me atreví a enviar. Mientras la hacía añicos en la oficina de correos, sentí la rabia invadirme. Me odiaba a mí mismo por ser tan débil.

Por las noches no podía dormir, porque su imagen me acompañaba. Cerraba los ojos y la veía, pero cuando estiraba las manos no podía tocarla. Su imagen se alejaba cada vez más, como un espejismo. Llegaría el día en que no podría recordarla. Lo esperaba con miedo y con ansias a la vez. Si podía resumir mi *désespoir* en una sola frase era: Yo pensaba en ella, y ella no pensaba en mí.

Dejé de soñar con una vida que ahora estaba muy lejana. Ivette y todo lo que había vivido con ella se había quedado en el pasado. Yo era inteligente, brillante dirían algunos, entonces, ¿por qué insistía en actuar como un estúpido?

Aunque no me arrepentía de mi decisión de haber renunciado a mi trabajo, el dinero comenzaba a escasear y pronto estaría viviendo muy por arriba de mi capacidad financiera. Quería consagrarme a ser escritor, pero ahora que me encontraba con tanto tiempo disponible en mis manos, mi motivación se había desvanecido casi por completo. Todos los días me sentaba enfrente de la computadora, pero no encontraba las palabras y lo que era peor, no tenía ninguna historia que transmitir. A veces, cuando me forzaba hasta las lágrimas, lograba escribir unas cuantas páginas, que al final terminaba destruyendo. Mi escritura era artificial y pretenciosa. Y no había nada que me disgustara más que eso.

Ir más allá de mi propia desidia, esperar que la inspiración llegase. Esperar, forzarme, esperar.

Lo más difícil de aceptar es que no tenía ni la mitad de talento que había creído ni ninguna perseverancia para compensar la falta de ello. Ivette había sido la única persona que había creído en mí. Me dijo que le gustaban mis historias. Sin embargo, ahora pensaba que eran historias previsibles, plagadas de repeticiones y errores gramaticales.

Ella había sido la única. En un mundo de gente apática, alguien había visto más allá de mi superficie y encontrado algo oculto que nadie nunca se había molestado en buscar. No importaba si sólo había sido durante un periodo corto, el apoyo y la compasión que Ivette me había mostrado me durarían una vida entera.

La vi un día. Iba de la mano con otro hombre. Me faltó valor para acercarme hasta ella y hablarle. ¿Qué le diría después de tanto tiempo? Habían pasado años desde que nos habíamos separado y lo más probable era que ya no me recordara.

Habíamos vivido nuestra historia, ella se había ido, me había superado y enterrado. Los muertos no reviven jamás.

El hombre era atractivo y masculino, yo nunca había tenido razones para avergonzarme de mi virilidad, pero ahora me sentía avergonzado al compararme con él. Pensé que sería la última vez que nos veríamos, pero estaba equivocado. Ocurrió mucho tiempo después y de manera fortuita.

Salía de un edificio, mientras yo pasaba por la acera de enfrente. Me avergoncé de mi apariencia e intenté fundirme con la multitud. Estaba mal vestido, mal rasurado y gordo. No era así como quería que ella me viera después de tanto tiempo.

Al día siguiente fui al mismo lugar, un poco antes de la hora en que la había visto salir y esperé. Fue en vano y terminé regresando a casa, con el corazón pesado. Repetí la misma operación el resto de la semana con resultados igualmente infructuosos. Comencé a preguntarme si en verdad la había visto o si todo había sido fruto de mi imaginación. Di un suspiro, estaba a punto de darme por vencido e irme a casa cuando el milagro sucedió. Salió del brazo con una compañera del trabajo. Ambas sonreían, felices, imagino, de haber terminado su turno. Se despidieron y cada una tomó direcciones opuestas.

La seguí como había hecho una vez hacía tanto tiempo. Sabía que no vivía en su antigua dirección, porque muchas veces me había presentado frente a su puerta, hasta que la guardiana me dijo que se había mudado y no había dejado otra dirección.

Tomó el metro. Agradecí que fuera la hora pico. Yo no resaltaba entre los pasajeros, y mi cambio había sido tan radical que dudaba que ella pudiera reconocerme. Se bajó en *République*. El vagón estaba lleno y tuve que empujar a la gente para poder salir. Creí que transbordaría, pero en lugar de eso tomó la salida *Faubourg du Temple*. La seguí desde lejos, intentando mantener una distancia segura. Llegó hasta la calle *des Goncourts* y dio vuelta a la derecha.

Entró en un edificio típicamente hausmanianno y bien conservado. ¿Estaría llegando a su apartamento o iría al apartamento de alguien más? Anoté la dirección, aunque estaba seguro de que no la olvidaría.

Ahora tenía una nueva misión. Ayudaría al destino a juntarnos de nuevo y esta vez las cosas serían diferentes. No cometería los mismos errores. Pero para eso, antes tenía que mostrar la mejor versión de mí.

Ése mismo día fui y me inscribí en un gimnasio cerca de mi casa. Pagué un entrenador personal, porque no tenía tiempo que perder. Era estúpido, porque mis ahorros se habían casi esfumado por completo, pero, por otra parte, si no me atrevía a utilizar el dinero que me quedaba ni en eso, entonces ¿para qué más podría quererlo?

Empecé a ir cada día al gimnasio y a entrenar durante una hora y media, también dejé de comer la comida procesada a la cual me había acostumbrado por facilidad.

Limpié y ordené mi apartamento. Pensé en comprar ropa nueva, pero pensé que sería como tirar el dinero a la basura, iba a perder peso y después la ropa me quedaría grande.

Cada día a su hora de salida usual, iba y me paraba enfrente de su edificio. Quería verla cada día y asegurarme de que ella seguiría existiendo en mi realidad. Podía aceptarlo todo en este mundo, pero no su ausencia. Sabía lo que era vivir sin ella y esta vez no estaba dispuesto a dejar que eso pasara una vez más.

Mi rutina consistía en ejercicio, comida sana, limpieza, lectura y escritura. Quería mostrarle a Ivette las cosas que había logrado hacer durante su ausencia. No habría palabras amargas ni malos ratos. Tampoco le haría ningún reproche. Continuaríamos justo donde lo habíamos dejado y esta vez sólo le diría lo que querría escuchar.

Mi escritura fluía como si hubiera abierto el grifo de un manantial. Las palabras que durante tanto tiempo se negaron a aparecer en la computadora, aparecían sin dificultad. En este momento de gloria, en que estaba tan cerca de recuperar a mi musa, todo era posible.

Había marcado en mi calendario el día en que por fin nos veríamos. Sería el 10 de agosto, una fecha que nunca había querido decir nada para mí, pero que ahora significaba todo. Representaba la esperanza. Tenía cuatro meses para prepararme.

Ensayé frente al espejo lo que le diría. Examinaba cada gesto mío minuciosamente, no quería que mi discurso sonara demasiado preparado, quería que fuera natural. La sonrisa que le dirigiría, la manera en que mis ojos brillarían, mi carácter desenvuelto, todo debía ser una invitación. Había leído innumerables libros sobre seducción y sobre desarrollo personal. Había intentado pulir mis cualidades y atenuar mis defectos. Ella se había enamorado de mí en una ocasión, así que pensaba que no era tan descabellado pensar que podría pasar de nuevo.

El diez de agosto llegó finalmente. El cielo estaba nublado y la lluvia amenazaba con caer en cualquier instante. Consideré muchas veces si debía posponer la fecha a un día más agradable. Me moví de un lado a otro en mi apartamento, pesando los pros y los contras. Al final decidí que no tenía excusa para no encontrarla y que cada segundo que pasaba lejos de ella era un segundo perdido.

Me puse la ropa que había comprado recientemente y salí de la casa.

¿Cómo sería volver a encontrarla? Había preparado muchos escenarios en mi cabeza. Me contemplé en el espejo. Parecía el mismo Manolo que ella había conocido, sólo que más viejo y más cansado. Había escogido una camisa ceñida y una chaqueta que marcaba los músculos que había desarrollado en este tiempo.

¿Cómo podría aparecer en su mundo una vez más? ¿En la calle, mientras caminaba hacia su casa? ¿En el metro? ¿Delante de su edificio?

Aparecer de manera repentina y chocar con ella podía ser una buena idea, o una mala dependiendo de cómo se viera. Había pensado mil veces en las palabras que saldrían de mi boca y en sus posibles respuestas. Había imaginado mil escenarios imposibles. Ahora tenía una oportunidad real y no sabía cómo actuar.

—¡Ivette!

Sin saber cómo había terminado en frente de ella. La sorpresa fue tan grande para ella como lo fue para mí. Todos los escenarios que había vivido mil veces en mi cabeza y las frases que había repetido hasta el cansancio se convirtieron en una masa indescifrable dentro de mi cabeza. Abrí la boca para decir algo, pero lo que nunca imaginé en ninguna de las películas que me hice en mi cabeza es que nos toparíamos de manera tan repentina y que súbitamente no sabría qué decirle.

—Manolo, ¡qué gusto verte! ¿Qué ha sido de tu vida? ¡Cuéntame!

Me preguntó si tenía planes y al responder que no, tomó mi brazo y me arrastró hasta un café cercano.

—¡Wow! No creí que te vería así, tan de repente.

Le sonreí educadamente.

—A mí también me tomas de sorpresa —le dije.

—Te ves bastante bien.

—Tú igual.

Enfrente de una taza de chocolate caliente, ella me habló de su vida, con la misma facilidad con la que nos habíamos contado nuestros secretos hacía tantos años. Fue una sensación extraña eso de regresar al nivel de intimidad que teníamos antes después de no habernos visto durante tanto tiempo.

Ivette había progresado en la escalera corporativa, como se esperaba de alguien con sus capacidades. También había adquirido la nacionalidad francesa y en tres días iría a instalarse a Chile como expatriada. Tendría un salario francés que podría gastar en pesos chilenos.

Yo no supe embellecer mi vida. Le hablé con torpeza de las pocas cosas que había hecho, de mis sueños frustrados. Lo que no le dije es que antes de haberla visto por casualidad aquel día, yo solía permanecer en cama. Tampoco le dije que partes de mí se desmoronaban cada día y que, con el tiempo, me preguntaba si algo más quedaría de mí. Todas las pequeñas cosas a las que me aferraba se iban tan rápido y de manera tan violenta. Sólo ella permanecía, como una estatua en el jardín de mi memoria.

—¿Tu primo aún sigue tomando fotografías eróticas de su madre y su abuela? —le pregunté en uno de los silencios cómodos, mientras ella daba un traguito a su café bien cargado, como era su costumbre.

—¿Te acordás de eso?

—Sí, cómo olvidarlo. Tu primo es todo un personaje.

—Lo es, lo es —me dijo sonriente—. Sí, se ha vuelto más famoso. La última noticia es que van a exhibir su trabajo en una galería en Italia. Hay un montón de fetichistas por ahí que están dispuestos a pagar una millonada para tener la fotografía erótica de un par de viejas en su salón. Nunca voy a entender a la gente. Hay mejores maneras de gastar su dinero. En fin, cada quien es libre de hacer lo que quiere.

No tuve el valor de preguntarle si estaba viendo a alguien en ese momento y ella tampoco lo mencionó.

Nos quedamos hasta que estuvieron a punto de cerrar el café. Ella se enrolló la bufanda en el cuello y tomó su bolso.

—Quiero coshar contigo —sus ojos se fijaron en los míos y no se desviaron.

—¿Disculpa?

—¿No es así como dicen en México?

Ella me besó. Su beso era desconocido y me tomó un par de segundos acostumbrarme a su ritmo. La tomé por el rostro y la besé con fuerza. Nos desprendimos de nuestra ropa con rapidez y también con cierta torpeza. Ella dejó escapar una risilla, que fue un eco de otras épocas.

En un principio tuve miedo de no estar a la altura. Había soñado tanto con este momento y la presión que sentía era tanta que creí que no lograría tener una erección y si lograba tenerla, pensé que terminaría eyaculando precozmente.

Finalmente, mis ganas de unirme a ella fueron tantas que a pesar de haber terminado antes de haber comenzado la primera vez que lo hicimos aquella noche, pude recuperarme lo suficientemente rápido, como para que ella no pusiera en duda mi virilidad.

Lo hicimos como sólo nosotros sabíamos hacerlo.

Me desperté cuando era aún muy temprano. Me costó un par de segundos saber dónde me encontraba y con quién. El doble cristal de las ventanas sofocaba el ruido de uno que otro carro que pasaba por la avenida. Me acurruqué contra su espalda desnuda y abracé sus pechos con mi brazo. Ella gruñó por lo bajo, aún dormida. Había llegado hasta este momento de mi vida que pronto terminaría. Sentí la angustia envolverme el corazón. Mis viejos miedos resurgían, sin que yo pudiera hacer nada al respecto para enfrentarlos. El cansancio terminó vencéndome y caí en un sueño profundo y angustiado.

Me senté sobre el taburete y la observé moverse en mi cocina. Sus movimientos eran rápidos y precisos. En esto, como en tantas cosas, éramos diferentes, yo culpaba a mi altura y a mis miembros desgarbados de mi torpeza. Puso su yerbita en el mate y lo cubrió con sus manos grandes, que podían ser casi masculinas.

—Es curioso que hayás conservado el kit, después de tantos años —me dijo.

—Oh, eso es porque lo tomo de vez en cuando —le dije con naturalidad. Jamás me avergonzaría a mí mismo admitiendo cosas que no deberían ser admitidas.

Vertió el agua tibia y lo dejó reposar unos segundos. Después vino la bombilla, y luego comenzó a cebarlo. Ella había intentado iniciarme en el consumo del mate años antes. Sin embargo, mi paladar siempre se negó a adquirir el gusto. El proceso entero me aburría también. Me gustaban las cosas fáciles y rápidas, a diferencia de Ivette, que procedía siempre por partes y de manera metódica. Lo hacía todo como si estuviera “peinando el perímetro”, asegurándose de no dejar ningún cabo suelto.

—Todos bebemos mate en Uruguay, es nuestra bebida nacional —ya me había dicho lo mismo, en una situación similar, años atrás. Ella no se acordaba, pero yo había registrado la imagen. El recuerdo y la comparación de una Ivette más joven y risueña y de la otra, que ahora estaba frente a mí, con unas arrugas diminutas, más tranquila, pero también más perspicaz, me enterneció el corazón.

—Nadie en Uruguay tiene nada contra los argentinos, es sólo cuando te hacen esas bromitas de “Uruguay es una provincia de Argentina” o sus cosas estúpidas del fútbol o lo peor de todo “que el mate argentino esto, que el mate argentino lo otro”. Lo que sí te voy a decir es que no me gusta juntarme y tomar del mate ajeno. Es muy asqueroso. Es tan poco higiénico. Sólo de pensarlo me da asco. Es muy lindo eso de reunirse y estar con los amigos, ¿pero de eso a beber todos del mismo mate? No, eso jamás.

—Cásate conmigo —le dije.

Sabía que nunca más viviría un momento similar y por eso no podía dejarla ir.

—¿Estás loco?

Probablemente sí.

Me ofrecí a acompañarla al aeropuerto. Justo como el chico en el video de Cyndi Lauper, en la canción Time After Time. Su amante se quiere ir y lo único que él puede hacer cargar su maleta en el auto, acompañarla a la estación de trenes y dejarla ir. De igual manera, yo la llevaría al aeropuerto.

Ella se lo había pensado un par de segundos y después había aceptado mi proposición.

Apenas tenía dinero para el trayecto en Uber, pero no importaba, en unos cuantos días recibiría un poco de dinero por las historias que había escrito.

—¿No es mejor ir en metro? —me preguntó Ivette—. Aún hay tiempo.

Eso era lo que ella no sabía. Ya no había más tiempo. Se había agotado y ya no nos quedaba nada.

—No, está bien así. Tendremos más intimidad.

El tráfico avanzaba con lentitud en las horas pico. Ella, distraída, miraba por encima de la ventanilla y yo la miraba a ella. Pensaba en las cosas que quería decirle, pero que no me atrevía formular.

“Nunca podré saber cuál era la experiencia que tú has tenido de mí. ¿Cómo era amarme? ¿Cómo era verme a través de tus ojos? ¿Lo sabré algún día?”

Me miró.

—¿Dijiste algo, Manolo?

—Nada. Estamos por llegar. No falta mucho.

Me hubiera gustado saber que cuando me veía reflejado en sus pupilas, ella veía mi esencia. Las cosas que yo ocultaba a todo el mundo y que sólo ella veía.

Tantas veces rogué volverme indispensable para ella, quedarme en su recuerdo, que ella sintiera mi tacto y lo echara de menos cuando no estuviera. Así ella no se estaría yendo, no me estaría abandonando.

Hizo el *check—in*. Ambos nos esforzamos por mantener una conversación ligera. Hablamos de las cosas que vería y haría en Chile.

Sin importar cuánto habláramos, jamás sería suficiente. Mis frases permanecieron suspendidas a medias. Ella también se rindió. Ni el tiempo ni las palabras podrían traducir nuestros pensamientos.

—Creo que debería pasar la aduana —me dijo finalmente, después de haber echado un vistazo a la hora—. Hay mucha gente formada. No quisiera perder el vuelo.

Hicimos la fila juntos y me quedé a su lado hasta donde se me permitió.

—Su pase de abordar —me dijo una empleada, con una sonrisa tan artificial como sus pestañas.

—La estoy acompañando a ella.

—Entonces no puede pasar. Se tiene que despedir aquí.

—Gracias por haberme acompañado —me dijo Ivette.

Me dio un beso en la mejilla, mostró su pase de abordar y se alejó. Todo sucedió en cámara rápida, incluso nuestra última despedida era abrupta y yo me quedaba con las frases colgando de la boca, viéndola irse de mi vida hacia un destino desconocido.

“Ivette, ¿tú sabías que sentía una escuela de baile bailar tap dentro de mí corazón cada vez que te miraba?”

“Ivette, ¿tú sabías que te quería?”

Cómo esperaba verla. Caminando hacia mi apartamento, en lo único en que pensaba era en las ganas que tenía de ver su rostro enmarcado por sus manos, sentada sobre la escalera, esperando que yo llegara a casa. No quería nada más que eso. Pero era imposible. Acababa de decirle adiós en el aeropuerto.

A ella nunca se le había dado bien mantenerse en contacto por mensaje. Nuestra comunicación se volvió cada vez más esporádica, hasta que terminó muriendo, de manera casi tan natural que no pude culparla. La culpa no era de ella. Era mía.

Nunca había sentido por nadie lo que había sentido por Ivette. La escuela de baile que sentía en mis entrañas cuando la veía llegar había cerrado. Ya no sentía nada y cada vez que conocía a otra mujer, no podía menos que compararla con Ivette.

No experimentaba ninguna satisfacción sexual cuando me acostaba con las otras. O al menos no gran cosa. Algunas veces ellas se venían, algunas veces ellas terminaban tan decepcionadas de mí como yo de ellas. No era necesario que vocalizaran su decepción, lo sabía. Entonces me vestía, y escondiendo mi vergüenza y mi autodesprecio, encendía la computadora y me refugiaba en mi mundo virtual, en las palabras que podía decir cuando escribía. Me refugiaba en el control que tenía sobre mis personajes. El control que no tenía en mi vida real.

No era como Ivette. Era en todo en lo que podía pensar y todo lo que quería sacarme del pecho. Quería detener a los desconocidos en la calle, sacudirlos y decirles:

“No ha sido como con Ivette”.

Sabía lo que hacía cuando comencé a hablar con Marianne aquella tarde en el gimnasio. Sabía las palabras que debía decir para llegar al resultado que quería. Sabía reírme de sus bromas en el momento justo y alimentar con mis bromas la creciente complicidad que comenzábamos a sentir. Sabía rozarla y despertar sus sentidos. Sólo una fracción de segundo, mi mano se apoyaba contra su piel sudorosa, lo suficiente como para que ella viera atisbos de una pasión fingida. Sabía prometerle el paraíso con mis palabras y con mis miradas. En pocas palabras, sabía que hacer para arrastrarla a mi cama.

No era la chica más linda que había visto, aunque también reconocía que estaba siendo injusto. Nadie podría resistir una comparación con Ivette. Ni siquiera Ivette podría compararse con Ivette.

Cuando la tuve en mi habitación, en todo en lo que pude concentrarme cuando veía a Marianne, era en esa verruga enorme sobre su cuello de la que se asomaba un pelo. ¿Cómo no me había dado cuenta antes, cuando la hacía de chulo?

Intenté fijar la mirada en sus ojos, pero esa verruga se había convertido en un imán para mis miradas. Le quité la ropa sobre mi cama, intentando pensar en otra cosa y no en la verruga. Cuando la blusa salió de la ecuación, dejé al descubierto un par de verrugas más. Mi estómago subió hasta la garganta.

“Imagina que es una porno”, me dije a mí mismo. Un hombre está a punto de cogerse a una chica joven, de rostro simétrico y cuerpo delgado.

“No pensar en las verrugas, no pensar en las verrugas, no pensar en las verrugas”. En todo en lo que pensaba era en las verrugas.

Ella me besó, pero sus besos eran como cenizas frías. El fuego no podría jamás surgir de ellas. Tenía una forma insípida de besar, usando sólo sus labios y de vez en cuando su lengua se asomaba, para retirarse tímidamente del juego. ¿Cuánto tiempo duraría nuestro intercambio? ¿En cuánto tiempo se daría ella por satisfecha?

Sus labios delgados no se parecían a los de Ivette. Mis manos no la recorrían con avidez, ni siquiera con necesidad. Mis manos la recorrían, porque estaban endeudadas, porque ahora que la había traído hasta aquí y que habíamos comenzado, tenía que terminar y pagarle lo que le había prometido, contra la razón y el corazón.

¿Cómo se puede sentir tanta química mental, pero ninguna atracción por un cuerpo joven al que no se le puede reprochar nada, exceptuando una que otra verruga?

Dejé un reguero de besos insípidos sobre su cuerpo. Mi cabeza no dejaba de pensar en esta experiencia tan inusual y tan ridícula. Pero no podía decirle que quería detenerme, ¿o sí?

Como hombre tenía que ser siempre *performant* y resistente. Tenía que estar agradecido, porque tener mal sexo era mejor que no tener absolutamente ningún sexo. Además, bajo mi cuerpo, estaba el cuerpo de una mujer que tenía ganas de mí.

¿Le debía algo porque se había quitado la ropa? ¿Por qué me besaba el cuello y sus manos como culebras se deslizaban a través de mi cuerpo, hasta mi sexo? Mi pene flácido yacía dentro de su boca. Pensé en Ivette. Tenía que dejar de pensarla y dejar de alimentar su recuerdo, como se

alimenta el fuego, pero, ¿qué más podía hacer en ese momento?

Marianne rio complacida al pensar que su arte funcionaba, cerré los ojos. ¿Aún recordaba el sabor de los besos de Ivette en mi boca? ¿La manera en que se pegaba a mi sexo y enredaba su lengua en mí, mientras yo empujaba mis caderas avanzando con lentitud y sintiendo la presión y la humedad de su boca, siempre lentamente para no irla a lastimar? Aparté a Marianne y la eché sobre la cama, cerré los ojos y me introduje dentro de ella. Cuando escuché que ella terminó entonces dejé de retenerme. Ella se acurrucó entre mis brazos. Y por primera vez me relajé un poco, me gustaba más sentir el roce de su piel, sabiendo que no tenía que hacerle nada, que no era necesario acariciarla.

Quizá me había vuelto asexual, no sabía si llorar o reír. Seguro no lo era, puesto que me masturbaba con una frecuencia aterradora pensando en Ivette. Siempre Ivette, después de la enfermedad, las secuelas que quizá cargaría conmigo el resto de mi vida.

Marianne se fue en la mañana, después de haberme cogido una vez más, mientras yo cerraba los ojos una vez más. Ella, con sus dedos, tocaba todos los lugares incorrectos de la manera incorrecta. Su aliento matinal tampoco me gustaba.

No todo el sexo que tuve en aquella época era malo, de hecho, lo tuve muy bueno también. Su nombre era Véronique. Trabajaba como médico ortopedista en un hospital privado.

Nos conocimos de la misma manera en que conocí a todas las chicas en aquella temporada, en el gimnasio.

Véronique acababa de terminar una historia con su novio de cinco años. Dio la casualidad de que ella necesitaba a alguien que la escuchara y que la mirara a los ojos. Yo también necesitaba decirle a alguien lo que no le decía a nadie. Después del gimnasio fuimos a un bar y nos escuchamos el uno al otro. Luego fuimos a mi apartamento y cogimos hasta sentirnos menos solos.

Comía dos veces al día. Mi almuerzo era siempre el mismo: sándwich con jamón y queso y jugo de manzana, y lo tomaba siempre en el mismo lugar, en un banco del parque a diez minutos a pie de mi casa. Aunque hiciera frío y mis manos se pusieran moradas, me gustaba mantener mis hábitos e ir ahí a comer. El único momento en que no iba al parque era cuando llovía a cántaros. Entonces permanecía en mi apartamento, la mirada sobre la ventana, los ojos fijos en la intimidad del hogar de mis vecinos. A veces dejaban las ventanas abiertas, lo cual me permitía observar sus modos de vida.

Había una chica que se sentaba frente a mí. Ensimismado, me tomó mucho tiempo notarla, pero cuando por fin lo hice, me di cuenta de que ella siempre estaba allí, al igual que yo. Tenía la piel morena, y el cabello y los ojos oscuros. Parecía alta y un poco regordeta.

A veces levantaba la mirada y la sorprendía mirándome. Ella no se inmutaba, sino que sus ojos se hacían más profundos mientras me sostenían la mirada. Me incomodaba y tenía que alejar mis ojos de los suyos.

No sabría decir cuántas veces nos habíamos visto el uno frente al otro, cuando un día ella se levantó y caminó hasta mí.

—¿No te vas a cansar nunca de tu sándwich?

El sándwich que iba a llevarme a la boca se detuvo en el aire.

—No —respondí y le di una mordida.

—Esta es exactamente la vez 77 que te veo.

—¿Las has estado contando?

—Al principio lo hacía por inercia, pero después comencé a decirme: “Cuando llegué al número 77 y si él no me ha hablado, entonces lo haré yo”. *Et nous voilà*, es la vez 77.

—Eso es mucho tiempo.

—Sí y no, todo es relativo. ¿Si yo no te hubiera hablado, me hubieras hablado tú?

—Lo más probable es que no.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Pues para empezar no te conozco, ¿por qué tendría que hablarte?

—¿No es así como se conoce a la gente?

—Yo no estoy interesado en conocer a nadie en este momento.

—Yo tampoco —me dijo y se sentó a mi lado—. Soy Sam.

—Ése es un nombre de hombre.

—Mi nombre completo es Samantha, pero nadie me llama Samantha desde los cinco años. Sólo Sam, encantada.

Me tendió una mano bien cuidada y de uñas de un rojo muy vivo.

—Solosam, es un placer. Yo soy Manolo y todos me han llamado siempre Manolo. ¿Soy yo o tienes un acento?

—Tienes buen oído, los extranjeros no suelen darse cuenta. Mi madre es turca, mi padre americano. Ambos se conocieron en Alemania.

—Eso suena bastante inusual. ¿Cómo se conocieron?

—Mi padre es militar y en ese entonces había sido enviado a una base aérea a Alemania. Mi mamá y su familia acaban de mudarse a Alemania para buscar una mejor vida. Razones

económicas. Como siempre. Mi mamá tenía dos hermanos mayores y uno de ellos conocía a mi papá. Mi papá llamó un día a la casa, y adivina quién respondió...mi mamá.

—¿Cómo es que tu tío hablaba inglés?

—Mi tío era una de la persona más brillantes que te puedas imaginar. Hablaba ocho idiomas fluidamente. Murió cuando yo era adolescente... Murió de un infarto. Es extraño pensar que pescó un parásito cuando fue a Brasil a estudiar las tribus indígenas, no tuvo síntomas durante mucho tiempo y “bum” un día cayó muerto. Un infarto fulminante.

—Vaya.

—Mi mamá hablaba alemán, pero no inglés y mi papá apenas podía decir una que otra palabra en alemán. Aun así, esa primera vez hablaron durante una hora. Sinceramente no sé qué tanto pudieron haberse dicho, pero creo que el deseo de comprenderse era más fuerte que las palabras mismas. ¿Sabes a lo que me refiero?

—Sí —le mentí.

—La familia de mi madre es muy conservadora, pero mi tío los ayudaba a verse en secreto. Mi papá es un perezoso y cree que todos deberían hacer esfuerzos por él y él por nadie, pero debo reconocerle que hizo todo lo posible por aprender alemán, aun así, era un cabezota. Si no hubiera sido por mi mamá, sus conversaciones no hubieran nunca pasado de lo más básico. Ella sí que hizo un esfuerzo para aprender inglés. Cuando mi papá tuvo que regresar a los Estados Unidos, le pidió a mi mamá que se casara con él. Era la única manera en que hubieran podido estar juntos.

—¿Su familia estuvo de acuerdo?

—Si hablas de la familia de mi papá, sí, y si hablas de la familia de mi mamá, la respuesta es, por supuesto que no. Era una familia turca conservadora. Los americanos eran considerados como unos perversos, la peor basura y mi padre era un degenerado que había seducido y pervertido a su única hija. En ese entonces, según ella, aún era virgen, pero para sus padres, ella ya había perdido su virtud.

Mis abuelos la echaron a la calle y dijeron a todas sus amistades que su hija había muerto. Mi tío fue el único que los apoyó.

Como fuera mis padres se casaron en Alemania, mi padre tuvo que regresar a Estados Unidos, mientras que mi mamá arreglaba sus papeles para irse a reunir con él. Estuvieron casados quince años. Yo soy la más pequeña de tres hermanos. Al igual que mi madre tengo dos hermanos varones mayores que yo.

—¿Por qué se separaron?

—Creí que no querías conocer a nadie.

—Bueno, ya empezaste tu historia, igual puedes terminarla. No es como si estuviera haciendo algo importante. Además, como escritor, debería interesarme en lo que las otras personas me dicen. Siempre tengo que recordármelo a mí mismo.

—¿Eres escritor?

—Eso intento.

—¿Cuántos libros has escrito?

—Ninguno.

—Vaya, un escritor que no ha escrito ningún libro. Eso es nuevo.

—Es un proceso creativo y sólo para que lo sepas, he escrito un montón de historias que vendo en diferentes revistas y a diferentes personas. También escribo artículos para uno que otro periódico. Es de ahí que me viene el dinero.

—¿Y es suficiente?

—Bueno, lo suficiente como para hacerme un sándwich de queso y jamón cada día —reí.

—¿Sueles reírte de tus propias bromas?

—¿Por qué mejor no terminas tu historia?

—¿En dónde estaba? —con la mano se apartó una mecha rebelde de la cara—. Ah sí. Como te decía, mi padre tenía otra familia y mi madre puede ser bastante difícil.

—¿Cómo se enteraron?

—¿De la otra familia? Ésa es una historia aún más graciosa. Al parecer mi padre conoció a una chica en un bar y terminaron haciéndolo esa noche. Y siguieron viéndose después de eso. Pues la chica quedó embarazada y él quiso quedarse con ella, pero sin dejar a mi mamá. A la chica le había dicho que era divorciado y que tenía que viajar mucho por su trabajo. Aquella noche después de haberse cogido a esa chica regresó a casa como siempre. Básicamente tenía dos familias.

—¿Tú cómo sabes todo eso? Lo cuentas como si hubieras estado ahí.

— Muchas cosas me las han ido refiriendo por ahí y lo que no me dijeron, sólo tuve que adivinarlo. Es un proceso creativo también. Pero deja de interrumpirme, que si no, no termino. Mi padre era una persona muy inteligente, pero también podía ser un estúpido. Mi hermano, el de en medio y mi medio hermano, hijo de la otra señora nacieron con dos meses de diferencia y ambos tienen exactamente el mismo nombre. Nuestro apellido es bastante inusual y también el nombre de mis hermanos.

—¿Cuál es el nombre de tus hermanos?

—Warring Weidenbach—Erh Junior

—W—w—weiden... ¿qué?

—Weidenbach—Erh. Es un apellido compuesto.

—Va directo a la parte de mi cerebro donde se guardan las informaciones inútiles.

Ella sonrió y su sonrisa era una hilera de dientes blancos y rectos.

—Entonces —continuó—, los dos juniors tenían exactamente el mismo nombre, pero, ¿cómo fue que se conocieron?

—Ambos terminaron en la misma preparatoria y en la misma clase.

—Suena a esa película de Disney que vi una vez.

—Sí, sólo que aquí los padres no terminaron juntos, al contrario. Mi madre dejó a mi padre y la otra mujer también, mi hermano aún le habla a mi padre, pero mi hermanastro cortó todo contacto con él, pero no con nosotros.

—Tu padre no suena muy brillante. Y también parece una falta de respeto hacia tus hermanos. Ni siquiera se tomó la molestia de pensar en nombres diferentes.

—Total, estoy de acuerdo contigo. Mi padre es un hombre inteligente para unas cosas y para otras... Bueno, no tanto.

—¿Cómo lo tomó tu mamá?

—Mi mamá tiene un carácter difícil, así que cuando se enteró, lo corrió de la casa y al día siguiente llamó a un cerrajero para que cambiara las chapas de la puerta. En el íter empacó todas las cosas de mi papá y las dejó enfrente de la puerta. Después le envió un mensaje para que viniera a buscarlas. Mi padre simplemente lo aceptó. En la casa era mi madre quien llevaba los pantalones y se hacía lo que ella decía. Era más fácil así.

Por unos momentos ninguno dijo nada. La miré de reojo. Tenía facciones agradables y una nariz muy fina.

—¿Cómo terminaste en Francia? —le pregunté.

—Oh —calentó sus manos con su aliento, después levantó la mirada hacia mí y me dijo—: Me fui de la casa a los dieciséis años para vivir con mi abuela paterna. Las cosas no iban bien

entre mi mamá y yo y fue más fácil mudarme que soportarla. ¿Ya te he dicho que mi mamá es difícil?

Asentí.

—Ya sé que lo digo todo el tiempo —continuó—. Como fuera las cosas estuvieron fenomenales con mi abuela. Mis notas, que estaban por los suelos, mejoraron bastante, dejé de salir de fiesta, porque finalmente lo pasaba mejor con mi abuela y pensé que ella no iba a ser eterna. Ella era una abuelita cool, no de esas que se quedan en casa todo el día horneando pastelitos y preparando chocolates calientes.

—Ey, ¿qué tiene eso de malo?

Ella esbozó una sonrisa.

—Con ella iba al cine, a restaurantes, a museos, íbamos a bares juntas. También me enseñó a pintar. Ella había sido pintora en su juventud, ninguna muy conocida, pero al menos en algún momento de su vida tuvo suficientes clientes como para vivir de su arte. Es mucho más de lo que pueden decir muchas personas.

—Aun así, no veo cómo tu historia se relaciona con París.

—¿Es en serio? ¿Te estoy hablando de mis inicios en el arte y no ves la relación con París? La historia corta es que mi abuela de verdad quería que tuviera la misma oportunidad que ella tuvo en su juventud de vivir en otro país extranjero. Dijo que, si quería despertar mis dotes artísticas, no había mejor lugar que París. Ahora que vivo aquí no estoy segura de eso, París está sobrevaluado y sobrevalorado. Y bueno, en resumidas cuentas, a los dieciocho años cuando terminé la preparatoria, mi abuela me envió a París para que pudiera estudiar arte. Pero me di cuenta de que no tengo mucho talento. ¿Quieres ver mis dibujos?

Asentí nuevamente. Ella abrió su mochila y extrajo un cuadernillo de dibujos.

Comencé a hojearlo con lentitud, mirando atentamente cada dibujo.

—A mí me parece que tienes talento.

—Gracias, los dibujos que hago están bien, pero no tienen nada de extraordinario. ¿Ves la diferencia? Puedes contar en millones a las personas que pueden hacer lo que yo.

—¿Te gustaría ser famosa?

—No, no me interesa la fama y tengo suficiente dinero como para no tener que preocuparme por el trabajo. Pero quisiera sentir que tengo algo que los demás no tienen.

Ésa fue nuestra primera conversación, pero no la última. Nuestra rutina se transformó y cada vez que ella me veía, venía y se sentaba a mi lado. Era una chica muy habladora, pero a diferencia de lo que me sucedía con otras personas, me gustaba escucharla.

El cielo estaba negro y el viento anunciaba lluvia. Fui al parque como era mi costumbre. Cuando Sam me vio venir, se puso en pie de un salto y fue a mi encuentro.

—Parece que va a llover —me dijo con naturalidad—. ¿Quieres venir a mi apartamento?

—Está bien.

Esperaba que, como la mayoría de los estudiantes, viviera en un apartamento viejo y con espacio suficiente apenas para una cama y una placa para cocinar. Estaba equivocado. Ella abrió la puerta y me dejó entrar en un apartamento espacioso y luminoso, decorado con sobriedad, pero buen gusto.

—¿Y? No esperabas que viviera en un apartamento así, ¿cierto?

—La verdad no, ¿cómo puedes pagártelo?

Ella esbozó una de sus sonrisas, aquella que solía llevar cuando iba a hacer una gran revelación, pero también cuando quería mantener el secreto durante un rato.

—Todo sucedió cuando tenía dieciocho años y vine a París por primera vez. Te dije que había sido niñera, ¿no?

—Sí, lo mencionaste alguna vez.

—Bueno, lo que no te dije es que fue como uno de esos clichés y el padre y yo terminamos acostándonos juntos.

—¿Ah sí?

—Él me miraba y yo notaba sus miradas. Fue tan simple como eso. Yo ni siquiera tuve que hacer nada. Sólo fue una leve incitación, una mirada de ésas que no dicen nada, pero dicen mucho al mismo tiempo. ¿Sabes a lo que me refiero?

Negué con la cabeza. Ella continuó:

—Eres un negado, Manolo, es por eso. Te lo explicaría, pero si no entiendes algo tan básico sin una explicación, tampoco lo entenderías con una. Le sonreía, me sonreía, nos sonreíamos, me veía, lo veía, nos veíamos. Y entonces un día pasó, lo que los dos esperábamos desde hacía tanto tiempo.

Los dos niños, la mamá y algunos invitados estaban jugando en la piscina, mientras yo me quedé en mi cuarto. Pretexté que tenía dolor de cabeza y que prefería descansar. Max, el padre, tenía trabajo que hacer, así que había pasado toda la mañana encerrado en la oficina que, por cierto, era contigua a mi cuarto.

Entró sin tocar, yo estaba usando la computadora y no traía más que un sostén y un calzón, él llegó y se sentó a mi lado. Lo escuché deglutir, podía ser muy bobo cuando estaba nervioso. Era muy joven, pero a mis frescos dieciocho años, ya sabía el poder que tenía sobre los hombres.

Me dijo: “No sé si yo lo he malinterpretado y si ése es el caso, perdóname”. No lo dejé continuar, tomé su rostro entre mis manos y lo besé. Pero quizá no quieras los detalles —me dijo con una sonrisa al ver el bulto en mis pantalones.

Me ruboricé como un adolescente. Ella no me gustaba, me agradaba, pero no me atraía. No quería que nada entre nosotros cambiara.

Fui hasta la cocina y me serví un vaso con agua. Ella dio un largo suspiro a mi espalda. O quizá si me gustaba. No lo sabía. No estaba seguro de nada.

—Así fue como descubrí mi poder sobre los hombres —repitió—. Sin que yo supiera por qué,

Max empezó a darme dinero. Mucho dinero. Quizá se sintiera culpable por lo que había pasado entre nosotros, quizá pensaba que mientras me pagara seguiríamos teniendo sexo y que, si dejaba de hacerlo, yo dejaría de acostarme con él. Estaba equivocado, creo que estaba un poco enamorada de él.

—¿Y la familia nunca se enteró?

—Los niños, no. La esposa de Max no lo sé. Ella no era idiota, pero creo que prefería no ver lo que sucedía en su casa. De todas formas, yo pienso que ella lo engañaba también. Solía viajar por negocios y apenas se comunicaba con su familia cuando eso pasaba. Además, era una mujer atractiva y con mucha confianza en sí misma. Eso suele ser atractivo.

Y después de Max hubo otros hombres. Es una cosa de vibra, nunca hice gran cosa para atraerlos, la verdad. Ellos simplemente aparecieron. El único momento de mi vida en que de verdad hice algo práctico para tener hombre es cuando me uní a un sitio fetichista para encontrar tipos que quisieran ser dominados y darme dinero a cambio. No duré mucho en el sitio. Conocí a un chico de la India que quería ser mi esclavo en la vida real.

—¿Conociste a un chico de la India que quería ser tu esclavo en la vida real?

—Pues quería hacer cosas que a mí me disgustaba hacer, limpiar mi apartamento, hacer las compras, hacerme la comida, preparar mi baño.

—Como una esposa del siglo XIX.

—Y del siglo XX e incluso ahora, pero en resumidas cuentas era algo así. Quería servirme y mantenerme contenta.

—¿Y aceptaste?

—Al principio sí. Era algo nuevo en mi vida y tengo una debilidad por la novedad. Nunca nadie había querido ser mi sirviente y lo único que tenía que darle a cambio eran migajas de atención y gracias a eso, tenía el apartamento immaculado, el refrigerador lleno y además recibía masajes todos los días, hasta que me cansaba. ¿Tú hubieras dicho que no a una oferta así?

—No supongo que no. ¿No quería algo sexual?

—Sí, todos quieren siempre algo sexual. Después hay que definir la naturaleza de ese intercambio. ¿No crees? Yo no iba a acostarme con él ni a dejar que él me tocara, aparte de los masajes, que eran siempre cuando yo le decía y como le decía, pero lo que sí le daba era toda la humillación que él me pedía. Lo insultaba, lo trataba como si fuera una basura y también lo castigaba.

Sam con su rostro lindo, su sonrisa cálida y sus ojos brillantes, insultando y aprovechándose de la gente. Era difícil de creer. Intenté imaginármela como dominatriz, gritando órdenes y siendo verbalmente abusiva. No logré hacerlo.

—¿Qué clase de castigos?

Ella permaneció en silencio durante unos instantes, mientras preparaba el té y unos bocadillos.

—Dependía de lo que hiciera mal. Yo no sentía ningún placer en castigarlo, de hecho, su vida me era más o menos igual, pero él esperaba que lo castigara y si yo no lo hubiera hecho, él no hubiera obtenido lo que quería y hubiera dejado de hacer las cosas que yo quería que hiciera — hizo una pausa mientras vertía el agua caliente en las tazas— ¿Con azúcar?

—No, me gusta sin azúcar.

—Lo castigaba negándole mi atención, o encargándole más cosas u obligándolo a hacer tareas repetitivas. Y a veces los castigos eran físicos, como aprisionar su pene.

—¿Disculpa?

—Nunca has visto esas cajitas en las que puedes aprisionar un pene.

—No, ni siquiera lo había pensado.

—Bueno pues lo metes ahí adentro y cierras con llave. El pene no se puede poner erecto, porque no tiene espacio suficiente y es doloroso.

—No entiendo por qué alguien querría hacerlo.

—Te sorprenderías. No sé —comenzó después de unos cuantos segundos—, creo que es agradable que alguien haga por ti las cosas que tú no quieres hacer.

Un sentimiento cálido me embargó, quizá fuera sólo el té que ella me había servido. Estaba bien en su presencia. Era un hecho y también un cumplido, pero ella no me atraía y me di cuenta de ello casi con apatía. Eso también era un hecho y ningún cumplido. Miré sus ojos negros y vi reflejado el deseo. Mi cuerpo se puso en marcha. Era instintivo. Me agradaba su personalidad, era inteligente, graciosa y también era bonita, aunque no fuera tan esbelta como otras chicas. Puse mi mano sobre su nuca y la atraje hacia a mí. El sabor de su boca era dulce y sus labios suaves.

No me quedé a dormir aquella noche con Sam ni en ninguna de las noches sucesivas en que nos vimos. Sam tenía también otros amantes y no me necesitaba a mí. Y yo tenía a Ivette y no la necesitaba a ella.

—Vas a tener que dejarla un día —me dijo Sam una tarde, después de haber cogido. Su brazo descansaba sobre mi pecho. Me tensé casi de inmediato, como cada vez que hablábamos de Ivette —. No te pongas mal, es sólo un hecho lo que te estoy diciendo, pero eres libre de hacer lo que quieras. Después de todo es tu vida y si tú quieres malograrla, yo no soy nadie para detenerte.

Y aunque no la amaba, sentía cariño por ella y también respeto. Quizá era la primera vez en mi vida que tenía un sentimiento igual.

—Nunca he amado a nadie como Ivette. Ha sido la primera y última vez. Lo más probable es que no vuelva a sentir por nadie lo que sentí por ella. Esas cosas sólo se viven una vez.

—Por favor. Ahora sólo estás diciendo estupideces. La única razón por la que no la olvidas es porque no quieres dejarla ir. Tienes un lado muy torcido en ti y ese lado torcido la necesita a ella. Ese lado se alimenta de miedo e Ivette lo mantiene vivo.

Me quedé en silencio.

—¿Pero sabes qué? Al final no somos lo que somos, somos lo que escogemos ser y la gente jodida suele quedarse jodida y escoger a otra gente igual de jodida que ellos y tener vidas jodidas con ellos. Y todo eso porque les gusta estar jodidos.

“Sos un jodido, Manolo”. ¿No era eso lo que me había dicho Ivette hacía tanto tiempo? Y ahora Sam me lo decía, sólo que de diferente manera.

—¿Lo dices por experiencia? —pregunté en voz baja.

—Sí, claro. Yo también soy una jodida, pero menos que tú. Eso es claro.

—¿Cuántos hombres te envían dinero en este momento? —le dije de manera abrupta, no me apetecía seguir con el mismo tema.

—Sólo tengo a cinco, pero es más que suficiente. No podría darle mi atención a más hombres. Pueden ser unos necesitados cuando quieren.

—Es extraño pensar que seas una findomme.

—Sólo terminé así por casualidad y no es que sienta ninguna excitación recibiendo el dinero de estos hombres ni humillándolos, pero me gusta la idea de tener más y más dinero con poco esfuerzo. Y después de todo, es gracias a ellos que puedo pagar mi vida en París. No voy a decirle que no al dinero fácil.

—Estaba pensando en el tipo británico del que me habías hablado. Ése al que le gusta que controles su vida.

—Ése es un fetiche aún más extraño. Pero bueno, eso significa que tengo más dinero. Aunque por supuesto, el esfuerzo es mayor. Controlar su actividad social, sus menús, su manera de vestir, todas sus finanzas es bastante cansado. Se necesita mucha creatividad y mucha organización. Y pensar que yo nunca me consideré una persona organizada y ahora me pagan justamente por un talento con el que no nací y que tuve que desarrollar.

Soltó una carcajada. Reírse de sus propias bromas era uno de sus signos característicos y nunca se había dado cuenta.

—Me siento bien cuando estoy contigo —le dije mientras pasaba mi mano a través de sus cabellos.

Ella me sonrió.

—Es un poco peligroso que me digas eso.

—¿Qué quieres decir? ¿Es porque soy un jodido?

—No, no es por eso. Es sólo que es extraño que alguien me diga que se siente bien cuando está conmigo, me hace pensar que no está bien cuando no está conmigo. Y eso es peligroso.

—Qué cosas dices. Sólo era un comentario. No tienes por qué arruinarlo.

Sam fue una de las personas que contó más para mí en ese periodo. Nos veíamos cada día en el parque y cada día terminábamos en su apartamento y teníamos sexo.

Se había vuelto nuestra rutina. Me había acostumbrado a su manera de besarme y a su manera de tocarme. También a nuestras conversaciones serias, pero a veces infantiles. Esperaba que las cosas siguieran de esta manera, por ello no estaba preparado cuando ella me dijo un buen día que regresaría a América.

Sentí una extraña mezcla de emociones. Por un lado, alivio de saber que ella se iría antes de descubrir que yo era aburrido y también una pérdida de tiempo. Prefería que se fuera ahora cuando teníamos tantas cosas que decirnos y no cuando ya hubiéramos agotado las palabras y los temas de conversación. Mejor ahora que cuando supiera que era un fastidio. La acompañé al aeropuerto.

—Me gustaría poder decirte que quiero que encuentres a esta chica, pero no estoy segura de que sea una buena cosa para ti ni para ella —me dio un último beso—. Me miró como si quisiera decirme algo.

—¿Qué pasa?

—Nada, estaba pensando, pero creo que no es nada que necesites saber. Nos mantendremos en contacto. *Later!* —hizo un gesto con su mano y se alejó en un instante.

—Adios, Solosam. Cuídate —le dije y no supe si me había escuchado o no.

La vi a lo lejos entregar su pasaporte y unirse a la fila de personas que esperaban para pasar la aduana.

Permanecí parado, las manos en los bolsillos. Era la segunda vez que acompañaba a alguien al aeropuerto y también la segunda vez que veía a una mujer alejarse de mi vida y desaparecer sin más.

Me di cuenta de lo solo que estaba cuando me senté en el parque y no vi a Sam. Probablemente nunca volvería a verla y el sólo pensarlo me hizo sentir triste. Dejé de ir al parque.

La vida era invivable.

Mis pensamientos eran todos negros y tenía que enfrentarme a ellos sin descanso. Un solo hombre contra un ejército de pensamientos oscuros. No tenía ni la fuerza ni el valor para hacerlo. El hoy era igual al ayer y el mañana seguiría sin cambios.

En mi apartamento la sensación de irrealidad se iba poco a poco apoderando de todo. Permanecía mucho tiempo en cama con las luces apagadas y las ventanas cerradas. La comida me parecía insípida, al igual que el licor.

El repiqueteo del agua del lavabo cayendo sobre el fregadero comenzaba a darme dolor de cabeza y el maldito rechinar del refrigerador me ponía los pelos de punta.

Miré mis dedos. Eran demasiado largos, las cutículas parecían deformes y las uñas estaban mal cortadas. Bajo la penumbra, miré el dorso de mi mano. Mis manos parecían las de alguien más, eran unas manos que nunca había visto. Las horas pasaron mientras examinaba cada detalle, las pecas, los lunares, las pequeñas cicatrices que nunca antes había notado. Mis manos eran viejas y rasposas. Las venas, verdes y muy visibles, me hicieron pensar en pequeñas carreteras. Imaginé a mi sangre viajando por las venas, como si se tratara de autopistas.

Las venas tienen un color verde, porque la grasa subcutánea permite que sea sólo la luz azul la que penetre en la piel hasta llegar a las venas, por lo que este es el color que se refleja. Los colores más cálidos son absorbidos y no reflejados.

Pensé en tomar un cuchillo y excavar un poco hasta cortar la grasa subcutánea y llegar hasta las venas. No hice nada de eso, no porque me faltaran ganas, sino porque no estoy loco y sólo un loco se lastimaría de esa manera.

Las oleadas de pánico iban y venían. Para combatir el miedo mordía mi pulgar, así que en un par de ocasiones me encontré a mí mismo mordiéndolo hasta sangrar. El pánico me hacía temblar y convulsionarme en mi cama.

Estaba seguro de que la muerte vendría pronto. Cada noche, mientras permanecía tumbado sobre la cama, no hacía más que esperar que la muerte se posara en mí. Terminaría por llegar y finalmente mi combate habría terminado. No tenía más fuerzas para levantarme. Incluso las tareas más básicas se habían convertido en una carga, levantarme para prepararme de comer me parecía un esfuerzo innecesario. De todas formas, no tenía apetito y aunque lo hubiera tenido, no había nada que comer en mi apartamento.

Ahora que la indiferencia y la apatía lo cubrían todo como un velo espeso, llegué a la conclusión de que nunca había sentido nada por Ivette, no había sido más que una ilusión. Me había aferrado a su amor, como se aferra un naufrago a un flotador. Cerré los ojos e intenté concentrarme en ella. Su imagen no me evocaba ninguna sensación. Los latidos de mi corazón se mantenían constantes.

Entonces tuve miedo. Miedo de no volver a emocionarme, miedo de no volver a encontrar placer en la vida, de vivir cada día desprovisto de emociones. No había nada más grande que esa nada que lo envolvía todo. Sólo quedaba una sensación de vacío y de aburrimiento jamás experimentado. Hubiera preferido mil veces que la imagen de Ivette me quemara el pecho, que su

recuerdo estremeciera mi corazón con dolor, ¿pero vivir sin sentir? Eso no, ¡jamás!

Me forcé a mí mismo a alzarme de la cama, a vestirme y a atarme las agujetas de los zapatos. Salí sin abrigo. No me importaba el frío otoñal de París ni la lluvia constante. Caminé bajo la lluvia, forzando a mis pies a arrastrarse uno tras otro.

El contacto de la lluvia sobre mi piel no me producía ninguna sensación. Mi cuerpo me parecía lejano e insensible, como si habitara el cuerpo de alguien más y no el mío. Deslicé mi mano derecha a través de mi brazo izquierdo. No obtuve ninguna sensación, fue como si un extraño me tocara.

Solo en el mundo, desprovisto de emociones. ¿Por qué vivir de esa manera?

Sumido en las tinieblas de mi habitación, una idea se abrió paso en mi cabeza. Mi pulso se aceleró y mi frente se cubrió de un sudor frío. Mis labios comenzaron a temblar involuntariamente. Había encontrado la solución a todos mis problemas. Ivette tenía que morir. Era la única solución. Le di vueltas a la idea, primero con horror, pero después una extraña calma me invadió mientras el pensamiento comenzaba a tomar forma.

No bastaba con saber que Ivette estaba en algún lugar en el mundo, que era de alguien más y no mía. La única forma de romper mis cadenas era haciendo que desapareciera. Ivette era mi problema más grande, pero también mi salvación más grande. Después de eso, la eternidad nos esperaba.

Me puse en pie y caminé de un lado a otro de la habitación. Sentía la garganta seca y un nudo se había formado en ella. Me serví un vaso con agua y apuré su contenido hasta casi atragantarme.

El sonido de mi refrigerador me hería los tímpanos. Le di una patada, emitió un chirrido y el ruido finalmente cesó.

No había otra solución Ivette debía morir y tenía que ser pronto las cosas debían pasarse así era natural efectivamente natural no había nada que hacerse pero ella no podía morir así sin más ¿cuándo sería? ¿cómo sería? tenía que llegar a una solución la cabeza me dolía las sienes me palpitaban mi garganta seguía tan seca como antes de haberme tomado el agua la sudoración de mis manos los miembros temblorosos pero Ivette tenía que morir ¿tenía que morir? sí sí tenía que morir ¿y si no era inevitable y si al final había otra manera de alcanzar la salvación? ¿pero cuál manera? tenía que morir tenía que morir no había ninguna otra solución y entonces estaríamos bien por primera y última vez las cosas se arreglarían y todo tenía sentido pero la muerte era inevitable y no habría marcha atrás ¿y si cambiaba de parecer? pero no no era posible no cambiaría de parecer mi garganta comenzó a cerrarse quizá quien debía morir en esta historia era yo la culpa es de uno no de Ivette ¿quién escribió ese poema? ¿fue Mario Benedetti? él también es uruguayo como lo es Ivette pero él está muerto como lo estaría Ivette siempre me gustó ese poema la culpa es de uno cuando no enamora porque yo no había enamorado a Ivette y ahora los dos nos encontrábamos en esta situación tan desagradable si tan sólo las cosas hubieran sido diferentes y si ella hubiera sido menos ella y yo menos yo quizá solo quizá pero un quizá no bastaba mi respiración todavía agitada y el dolor de cabeza el maldito dolor de cabeza que no se va me duelen los dientes y siento ganas de arrancármelos todos y escupirlos uno tras otro hasta que no quede ninguno me gusta la sonrisa de Ivette me dijo que había usado frenos durante tres años tres años es mucho tiempo pero al mismo tiempo no es suficiente como todo en la vida es mucho y no es suficiente es todo y es nada mis manos en la garganta de Ivette apretando cada vez más fuerte ¿cómo terminé en esta situación? sus manos sobre las mías rasguñando mi carne no tiene fuerza suficiente ja ja ja su piel que se vuelve púrpura ¿cuánto tiempo se necesita? ¿horas? ¿minutos? ¿segundos? Y si no era con mis manos una bala en la cabeza nada necesariamente violento tengo horror de la sangre pero ¿de dónde sacaría un arma? Imposible imposible imposible así que tendría que cubrir su rostro con una almohada como suelen hacerlo en las películas o sofocarla con una almohada la manera más humana de irse o quizá algo tan simple como veneno veneno veneno nada tenía sentido dejé de dar vueltas en la habitación y fui a tenderme sobre la cama nada tenía sentido quería llorar quería reír quería gritar pero sobre todo quería que todos

desaparecieran mis pensamientos que no se detenían mis pensamientos que me hacían daño.

Si no moría Ivette, entonces tendría que morir yo y lo único que me pesaba era pensar que si yo desapareciese, entonces desaparecería el único yo que haya jamás existido.

Terminé cayendo en un sueño pesado y delirante en el que veía imágenes de Ivette, a veces dulces, a veces violentas. No sé cuánto tiempo dormí ni cuánto tiempo permanecí en ese estado febril. Pudieron haber sido días o quizá minutos. Había perdido toda noción del tiempo. Me arrastré hasta el espejo y apenas reconocí a la persona frente a mí. Tenía los ojos hundidos y cansados, y la piel pegada a los huesos. Mi mente se había debilitado, pero visiblemente también lo había hecho mi cuerpo.

Lo primero que hice después de haber abierto las cortinas y ventilado al apartamento, fue ir a un café cercano. Tomé un desayuno bastante francés, pan y mermelada y un café con leche. La comida pasó con dificultad, pero aún así, me alegré de haber ingerido algo sólido. Revisé mi cuenta bancaria. Apenas tenía dinero para pagar dos meses de renta y para mis gastos personales. Al final mis planes como escritor caían al agua, no tenía más que un montón de historias inconclusas, frases trilladas, y palabras deshiladas. Lo que era peor, no tenía ninguna idea ni ganas de empezar desde cero. Había dejado también de cumplir mis compromisos con las revistas y los periódicos que me procuraban un estipendio mensual. Tampoco tenía ningún otro trabajo y la perspectiva de entrar nuevamente al sistema me parecía de lo más trágico. No me quedaba nada en el mundo, pero por curioso que pudiera parecer, no me sentí triste, sino embargado de una extraña resolución. Si no me quedaba nada, entonces tampoco tenía nada que perder.

Leí los mensajes que Sam me había dejado y a los que yo no había respondido y también los últimos mensajes que Ivette me había escrito. Tomé una resolución.

—¿Se encuentra usted bien, señor?

—Sí, es sólo que me siento un poco mareado —hice un gesto con la mano y negué con la cabeza—. No, no es necesario que me traiga agua. Se me pasará en un momento.

—¿Está usted seguro?

—Sí, no es mi primer vuelo y suele sucederme.

—Hágame saber si necesita algo.

Le sonreí y la aeromoza se alejó, no sin antes echarme un vistazo preocupado. Estaría bien. Las cosas terminarían arreglándose, porque pronto estaríamos juntos y esta vez no la dejaría ir. Esta vez no la perdería. Ella era mi salvación. Me maldije por no haberme dado cuenta antes. Odiaba cada segundo que había perdido lejos de ella sintiéndome miserable.

El punto era que, incluso si sólo había sido un breve momento, nuestros caminos se habían cruzado y durante ese breve momento, había conocido lo que muchos no conocerán ni viviendo mil vidas. Y ahora iba a recuperarlo. Sólo espérame y verás.

De la misma autora:

Todo sobre mi hermana

Hikari

Not your basic bitch